

AGRADECIMIENTOS

La presente monografía es fruto de mi tesis doctoral defendida en la Facultad de Geografía e Historia de la UNED. Vaya, en primer lugar, mi agradecimiento a Abdón Mateos, director de la tesis, cuyo aliento y apoyo fueron constantes. Por otra parte, sin el inicial interés de Antonio García Santesmases y los contactos que me facilitó cuando la investigación apenas echaba a andar, el resultado, quizá, hubiera sido otro.

Quiero también transmitir mi sincero reconocimiento a todas las personas que me prestaron su testimonio, cuyos nombres y apellidos figuran al final del libro. Y entre estos, recordar a Antonio Ruiz y Pau Sanroma, que pusieron a mi disposición, no solo el valioso archivo de Esquerra Socialista de Catalunya, sino también su tiempo y amabilidad. Así como a José Miguel Sánchez Estévez, a quien visité en Salamanca en otoño de 2014; y a Antonio Aguado, que en uno de sus viajes a la Península hizo todo lo que estuvo en su mano para que nos viéramos, y poder así compartir conmigo personalmente su experiencia.

A los archiveros de las Fundaciones Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero, por su profesionalidad atesorando los valiosos fondos de dos organizaciones sin cuya historia no se entiende, en buena medida, la historia contemporánea de este país. También a las bibliotecarias del Centro Asociado a la UNED de Mérida, Marisa y Chelo, por su amabilidad y vocación de servicio.

Así como a quienes evaluaron la tesis doctoral de la que es resultado esta monografía: Juan Avilés, Rafael Quirosa y Alberto Sabio, cuyos comentarios, recomendaciones y sugerencias anoté y he tratado de incluir en este estudio.

Por otra parte, mostrar mi gratitud a mi querido hermano Ángel y a Maribel, así como a Emilia García, por el cobijo que me dieron en mis frecuentes visitas a Madrid para consultar fondos archivísticos y realizar entrevistas. El cariño recibido hacía aún más amables los desplazamientos y el laborioso trabajo de campo.

De igual manera, quiero agradecer a todos los colegas que, durante todos estos años, han compartido conmigo reflexiones sobre mi objeto de investigación y, particularmente, a miembros del Grupo de Estudios sobre la Historia Contemporánea de Extremadura, y a los participantes en los Seminarios del CIHDE, donde se debatieron algunos textos de este libro. Igualmente al profesor de la UEx Juan García Pérez, que me hizo llegar un trabajo suyo inédito sobre el socialismo cacereño.

Quiero también mencionar a una serie de amigos, que totalmente alejados del mundo académico y de la historiografía, han escuchado siempre con renovado interés mis comentarios sobre diversas cuestiones que se abordan en este libro: Eva, Emilio, Elisa, Pedro, Mari Luz, Celes, Marta, Juanma... y toda la familia Horta, por su bonhomía.

De cualquier manera, sin el respaldo de Rosalía, probablemente, nada de esto hubiera sido posible.

LOS AVISADORES DEL FUEGO. A MODO DE PRESENTACIÓN

El libro de Guillermo León me hace recordar lo vivido en aquellos años intensos de vida política. Me hace pensar en lo ocurrido entonces y en las diferencias con el momento actual. Al leer sus páginas uno puede apreciar los contenidos del debate de aquellos años y el método que utilizábamos para debatir. Todo esto ha cambiado y el libro ayuda mucho a conocer la perspectiva de las generaciones del 56 y del 68, protagonistas de la transición a la democracia, y de los gobiernos del PSOE de 1982 a 1996.

Avisadores del fuego es la preciosa expresión que el autor utiliza para —rememorando a Walter Benjamin— recordar los avisos que Izquierda Socialista iba realizando sobre las catástrofes que podían sobrevenir al socialismo si no se rectificaban determinados comportamientos; si no se corregían determinadas estrategias; si no se abandonaban determinadas lecturas ideológicas.

Hay que decir que algunos de aquellos avisos eran infundados. A pesar de la desideologización —y en contra de los augurios de la primera Izquierda Socialista— el PSOE alcanzó sonadas victorias electorales; ello permitió al sector mayoritario cabalgar durante muchos años con holgura, con una oposición interna muy pequeña, a la que se le recordaba oportunamente ser la heredera de una posición derrotada dentro de la organización. El primer y decisivo aviso pues no se cumplió: los hechos mostraban que era posible alcanzar mayorías absolutas sin realizar pactos con otras fuerzas políticas a la izquierda; el proyecto socialista como un proyecto autónomo tenía posibilidad de gobernar. Sólo había que apostar por gestionar el presente y apartar ensoñaciones malignas y contraproducentes sobre el futuro.

Cuando hoy vemos la dificultad para alcanzar acuerdos de gobierno; cuando hemos vivido la repetición de las elecciones generales en el año 2015-2016 y en el 2019; cuando, por primera vez, hay un gobierno de coalición, todo aquel mundo parece inimaginable. Parecemos olvidar, sin embargo, que en 1977 y 1979 UCD nunca alcanzó la mayoría absoluta y tenía que fajarse

para alcanzar acuerdos con la minoría catalana. Esa parecía la tónica que iba a persistir. En un parlamento con cuatro fuerzas nacionales y dos minorías nacionalistas parecía imposible alcanzar mayorías absolutas. El PSOE se había quedado lejos de UCD en 1979 por razones que se analizan con acierto en esta obra y parecía imposible pasar de aquellos 120 diputados a 202; parecía igualmente imposible que un partido de gobierno como UCD desapareciera y parecía también imposible que un partido como el PCE quedase reducido a 4 diputados. Todo esto, aunque nos pareciera imposible al final de los años setenta, ocurrió en octubre del 82. Han pasado casi cuarenta años.

Todos estos hechos provocaron que, efectivamente, como expone muy bien el autor, las batallas de Izquierda Socialista siempre eran a la contra. Por más que se produjeran conflictos con la base social de la izquierda con motivo del referéndum de la OTAN, o con el movimiento obrero con motivo del 14D, la mayoría absoluta persistía. El gobierno no tenía tampoco una oposición desde el centro progresista ya que los intentos por ocupar ese espacio se saldaron con el fracaso de la Operación Roca y con el despegue tibio del CDS de Adolfo Suárez, que no llegó a cuajar.

El proyecto de ocupar el espacio de la izquierda y del centro sin tener un competidor por la izquierda duró hasta 1989. A partir de ese momento todo cambió; el PSOE alcanzó 175 diputados, pero sería la última vez. Se renovaron los liderazgos del Partido Popular con José María Aznar y de Izquierda Unida con Julio Anguita. En aquella legislatura 89-93 se produjo la ruptura de lo que el autor denomina la coalición dominante dentro del PSOE. La combinación entre el liderazgo carismático de Felipe González y el control del aparato burocrático de Alfonso Guerra tocaba a su fin.

A partir de ahí comienza un declive que dura años sin saber cómo hacer frente a los casos de corrupción y a la asunción de responsabilidades políticas. En la mente de todos los que vivimos aquellos años está el recuerdo de Filesa, de Luis Roldán, del Gal, del Banco de España y de todos los procesos judiciales abiertos que condujeron a la parálisis del proyecto socialista y al final de la generación de Suresnes una vez producida la derrota electoral de marzo del 96.

Pero no adelantemos acontecimientos. En el trabajo que el lector tiene en sus manos se estudia, con rigor y con seriedad, de una manera prolija, todos los debates que tuvimos los socialistas antes de que se produjera el final de aquella experiencia, antes de que el tema de la corrupción provocara el cuestionamiento de la legitimidad moral de la organización. Distintos dirigentes de Izquierda Socialista habían avisado de los peligros de esa pérdida de legitimidad.

Líderes de Izquierda Socialista, como Pablo Castellano, señalaron el peligro de la corrupción desde fechas muy tempranas; intelectuales como Ignacio Sotelo, insistieron en la necesidad de diferenciar la responsabilidad política de la responsabilidad penal, pero sus advertencias no fueron asumidas por la mayoría de la organización. Tampoco lo fue la necesidad de producir un cambio en el liderazgo del partido para las elecciones del 96 —como reclamaba un manifiesto de militantes de distintas corrientes del partido— ni la necesidad de deslindar el mundo político-electoral del mundo judicial y no presentar a las elecciones a candidatos que estuvieran procesados por los tribunales. Todos estos avisos fueron desoídos. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiera rectificado a tiempo?

El debate anterior a estos hechos era muy distinto. Era un debate marcadamente ideológico; un debate que comienza con los inicios de la transición al producirse una división en el mundo del socialismo democrático; el socialismo estaba dividido entre el PSOE renovado y el PSOE histórico que competían por el mismo espacio con el Partido Socialista Popular y con la Federación de Partidos Socialistas. Un socialismo dividido que, a su vez, tenía como competidor electoral al PCE.

Rastrear aquella división del socialismo es importante para reconstruir lo que ocurría en el PSOE donde socialistas sevillanos, vascos, asturianos y madrileños competirían por el liderazgo dentro de la organización. Se ha escrito tanto sobre este tema que el autor difícilmente podía aportar grandes novedades. No es así en el estudio minucioso de los orígenes y el desarrollo de Izquierda Socialista. En las batallas aquí narradas aparecen nombres muy significativos de referentes socialistas que vienen de organizaciones distintas al PSOE. Así aparecen dirigentes como Francesc Casares que había sido fundador del Movimiento Socialista de Catalunya y que se incorpora a Izquierda Socialista, y políticos como Manuel Sánchez Ayuso que venía del Partido Socialista Popular.

Todo ello provoca que en Izquierda Socialista siempre convivían cuadros políticos que venían del PSOE con militantes que procedían del PSP como Fernando Morán o de la Federación de Partidos Socialistas como Casares o Vicent Garcés portavoz de la corriente. Uno de los méritos de la obra es insistir en este punto y haber analizado la ingente documentación aportada por la Esquerra Socialista de Catalunya. Quizás ello explica lo que diferenciaba a Izquierda Socialista de otros sectores del partido y ayuda a entender por qué aquellos avisadores del fuego se encontraron, pasados los años, con el desarrollo de políticas con las que coincidían sustancialmente.

Ayuda también a entender por qué muchos de los sectores del PSOE mayoritario en los ochenta se encuentran hoy en minoría en la segunda década

da del siglo veintiuno; hasta tal punto es así que significados representantes de aquel sector, entonces hegemónico, han optado por abandonar el Partido. Es como si las tornas hubieran cambiado y los que entonces eran mayoría se sienten en minoría y los que estábamos en minoría, a la contra, vemos que algunas de las políticas que defendíamos hoy están presentes en la agenda política y formamos parte de los que apoyan al actual gobierno de coalición.

Probablemente todo siempre es más complejo, y habría que hacer mil matizaciones, pero precisamente por ello tiene tanto interés la obra que presentamos. ¿Qué nos separaba en aquellos años? El autor resume los dos modelos que se posicionaron en aquel año 79. El proyecto de la primera Izquierda Socialista tenía como exigencia máxima el esfuerzo de reafirmar una línea ideológica que permitiera defender el legado socialista. Consideraba que el abandono de esos principios por mor del éxito electoral provocaría una desideologización muy perniciosa para el futuro del socialismo. Pienso que, así como los augurios sobre el declive electoral no se cumplieron, los que apuntaban al precio de la desideologización, desgraciadamente, se cumplieron con creces.

Si uno analiza los debates que en los últimos meses agitan nuestro país, en torno a la memoria histórica, puede entender esta empatía con lo que intenta el gobierno de coalición. No cabe duda que la posición de Izquierda Socialista estaba vinculada a recoger, a asumir, a preservar lo mejor del legado republicano, del legado ugetista, del legado institucionista. Reafirmar el marxismo era una forma de mantener el orgullo por aquella tradición que había sido derrotada. No para repetir sus estrategias, no para pensar que hoy se podía hacer la misma política, pero sí para recoger, digámoslo de nuevo con Walter Benjamin, la memoria de los vencidos.

En este sentido es evidente que los avisadores del fuego se encontraron con la sorpresa de que su insistencia no había sido en vano. Muchas de las reivindicaciones que habían mantenido acerca de la memoria republicana, del laicismo, del federalismo y de la plurinacionalidad volvían a aparecer en los años del gobierno de J. L. R. Zapatero. Se encontraron con un gobierno que, al no tener mayoría absoluta, tenía que gobernar con el apoyo de Izquierda Unida y de Esquerra Republicana, que, a su vez, eran las tres fuerzas que gobernaban en Cataluña.

Para entender la reacción contraria del sector mayoritario de los años ochenta a aquellas políticas, para comprender su manifiesta oposición al actual gobierno de coalición, nada mejor que estudiar con detenimiento todo lo que cuenta, analiza y desgrana Guillermo León. Es evidente que los que estaban por un modelo jacobino de organización y por la defensa de un fuerte centralismo

no comulgaron nunca con el federalismo. Esa cultura federal, tan distinta al centralismo y al independentismo, sí estaba en Izquierda Socialista por la aportación de los miembros del PSPV y de la Esquerra Socialista de Cataluña. No fue un capricho, una ocurrencia, una frivolidad de última hora. Estaba desde el inicio y fue asumida por el PSOE en la declaración de Granada del 2013.

Igualmente estaba muy presente el esfuerzo por preservar el trabajo de la memoria. No olvidemos la dedicación de Gómez Llorente a preservar la historia del movimiento obrero, y su recuperación de figuras como Largo Caballero a la que dedicó trabajos de gran hondura ideológico. No olvidemos tampoco la presencia de la UGT en todos los esfuerzos por preservar la memoria histórica. Pensemos en la gran película *Maestras de la República* apoyada por la Federación de Trabajadores de la enseñanza de la UGT y galardonada con un premio Goya.

Memoria histórica, federalismo, laicismo, cultura republicana eran señas de identidad de los derrotados de 1979. Estaban más cerca de la personalidad y los valores de Gómez Llorente que del liderazgo carismático de Felipe González.

Todo ello es así pero hay algo, sin embargo, que separa radicalmente aquella Izquierda Socialista de los momentos actuales. Y es la cuestión del método, de la forma de articular el pluralismo dentro de una organización política.

Izquierda Socialista había reivindicado, a partir de los años noventa, el método de las primarias para la elección directa de los líderes del partido. En el año 2000 se produjo la elección del secretario general por los 1.000 delegados asistentes al congreso y en el 2014 y en el 2019 por el conjunto de los afiliados. Comenzaba la elección directa del líder. Una elección que le otorga un poder inmenso que hace muy difícil la pervivencia de una cultura de corrientes dentro del partido.

El modelo de primarias fomenta la participación directa de los afiliados; pero tiene un gran inconveniente. Una vez saldada la contienda, los órganos deliberantes ocupan un lugar muy secundario, los congresos del partido tienen una relevancia muy escasa. Cuando el lector se adentre en la obra observará, como en el debate de aquellos años, Izquierda Socialista prevenía contra la sustitución de la organización colegiada del poder por la concentración de los recursos y las decisiones en el liderazgo de una sola persona. De ahí el origen del término felipismo. ¿Qué pueden hacer los que quedan en minoría tras un proceso de primarias?

Toda la historia, que el lector tiene delante, expone el esfuerzo de una minoría derrotada por hacer preservar su voz en un contexto donde los éxitos

electorales hacían muy difícil corregir el rumbo; a pesar de ello, el debate era incesante porque se producía una separación entre la ejecutiva y el comité federal, entre el ejecutivo y el órgano de control. Hoy, por el contrario, al producirse el triunfo del líder; éste se hace con el poder en las organizaciones y los contendientes derrotados se retiran y abandonan la política institucional, sin constituir plataformas que preserven su posición dentro de las organizaciones. No quieren interferir y dejan todo el terreno al ganador. No hay juego de mayorías y minorías. La competencia por el liderazgo es el único momento donde el conjunto de la organización participa.

Este modelo provoca una gran diferencia con lo que vivimos aquellos años. En aquel momento el debate se mantenía en el tiempo porque unos ostentaban las victorias electorales y otros la fidelidad a posiciones ideológicas que estaban presentes en las movilizaciones de los movimientos pacifistas o las reivindicaciones de los sindicatos. La voz de Izquierda Socialista sintonizaba con esos movimientos que cuestionaban la política exterior atlantista o la política económica de aquellos gobiernos. De ahí su relevancia.

Hoy son muchos los socialistas, de las generaciones de la transición, que no coinciden con las políticas desarrolladas por los gobiernos de Zapatero o de Sánchez. No coinciden con las políticas de memoria histórica, ni con recuperar el legado republicano, ni con perseverar en el camino del federalismo; al no coincidir muestran su desacuerdo articulando plataformas desde la sociedad civil, plataformas ideológicas favorables a la monarquía parlamentaria, a la unidad nacional y en contra de los que ponen en cuestión el modelo del 78. Ese debate no se articula dentro de la organización partidaria y cuando lo hace provoca conflictos desgarradores como el producido el 1 de octubre del 2016 con la dimisión del secretario general. De nuevo fueron las primarias de mayo del 2017 las que delimitaron mayorías y minorías, victorias y derrotas. Y de nuevo el debate continúa incesante en los medios pero no dentro de la organización.

Para entender lo que nos separa hoy de aquel ayer es imprescindible la lectura del libro de Guillermo León. Un libro que remite a un contexto internacional muy distinto al actual. El autor sostiene que el referéndum de la OTAN marca el cenit de Izquierda Socialista y el momento de mayor desgarramiento, de fractura, cuando se produce la marcha de militantes que abandonan la política activa o que se incorporan a Izquierda Unida. Ello es así pero hay algo más; aquel debate pertenece a un mundo internacional conformado por dos superpotencias. Es un debate que se produce cuando estamos a los inicios de la Perestroika de Gorbachov.

Todo aquello cambió inmediatamente con los efectos de la Perestroika, la caída del muro de Berlín y la desaparición del Pacto de Varsovia. La unidad

alemana se impuso y comenzó un debate sobre la identidad europea. Los portavoces de Izquierda Socialista (Vicent Garcés, Manolo de la Rocha y yo mismo) aprendimos mucho de los análisis que compartíamos con Fernando Morán y con Ignacio Sotelo sobre todos aquellos acontecimientos.

El debate sobre la OTAN había quedado superado por los parámetros en que se movía el nuevo orden internacional. Todo ello afectó también al conjunto de las izquierdas españolas; la desaparición del Pacto de Varsovia y la desaparición de la propia URSS provocó un debate muy intenso dentro del espacio comunista. Nada menos que el Partido comunista italiano desapareció.

Se produjeron corrimientos de tierras. Muchos cuadros de CCOO y de Izquierda Unida no se sentían reconocidos en el liderazgo de Anguita ni tampoco en el de Felipe González; ninguno de los dos estaba por llegar a un acuerdo entre ambas fuerzas políticas. González siempre apostó por un proyecto socialista autónomo; Anguita postulaba la existencia de dos orillas entre la izquierda y el resto de las formaciones políticas, liberales o conservadoras, entre las que incluía al PSOE.

En medio de aquellas dos posiciones estaban Izquierda Socialista, UGT, CCOO, Nueva izquierda; comenzó a incorporarse al espacio político socialista un conjunto de militantes que habían participado en el no a la OTAN y en el 14D. Eran militantes, que no apostaban por refundar el comunismo, pero tampoco estaban dispuestos a arrepentirse de sus batallas en los años anteriores. Acudían a la llamada a formar una casa común de la izquierda.

Hay una última razón para considerar que nuestro tiempo es semejante, y a la vez muy diferente, al que se narra en estas páginas. Es muy diferente porque desde el 15 de mayo del 2011 emerge una nueva generación y desde las elecciones europeas del 2014 se conmueve el sistema de partidos. En este punto todo es distinto pero creo que para entender algunos de los problemas que hoy nos agitan al hablar de la forma de Estado, de la memoria histórica o de la articulación del poder territorial es muy conveniente adentrarse y profundizar en lo que entonces nos conmovía, en los que nos hacía vibrar, en las causas por las que luchábamos, aún estando a la contra y perteneciendo a la minoría.

Una obra apasionante pues para los que vemos reflejados trozos de nuestra vida política en sus páginas. Me atrevo a pensar y a desear que también pueda ser de interés para generaciones posteriores que pueden conocer un mundo que ha sido escasamente tratado. El gran mérito de la obra es que se adentra en un espacio político-ideológico que ha tenido escasa presencia académica y editorial. Si se dice de una tesis doctoral que lo sustancial es demostrar que aporta alguna novedad a la comunidad científica me parece que, en este caso, la respuesta es indudablemente afirmativa.

Hasta ahora ha sido frecuente historiar aquellos años desde dos perspectivas. La mayoritaria ha analizado lo ocurrido desde la lógica de un líder carismático que a tiempo se desprendió de un lastre para que pudiera emerger la luz en todo su esplendor. Toda la oposición interna quedaba reducida a un mundo anacrónico que, a tiempo y oportunamente, fue abandonado para hacer realidad el sueño de la auténtica modernidad. Los que estábamos a la contra estábamos errados desde el principio. Los triunfadores no estaban para recibir avisos de fuego, ni muchos historiadores de aquellos años han dado relevancia a tales avisos.

Una segunda línea minoritaria ha tratado de entender el proceso como un mundo donde sólo alguien como Julio Anguita fue capaz de preservar un legado profético de repudio al orden establecido. Y es bien cierto que el gran líder electoral Felipe González consiguió sucesivas victorias y el gran referente moral Anguita dio un soporte emocional y político a distintos sectores de la izquierda alternativa.

Guillermo León muestra que además de esas dos perspectivas histórico-políticas existió un terreno intermedio, distinto, que no creía en el proyecto socialista autónomo ni en las dos orillas, que no comulgaba con el realismo liberal ni con la refundación del comunismo. Un mundo que estaba ahí, que jugó su papel, con sus luces y sus sombras, con sus aciertos y sus errores, con sus esperanzas y sus decepciones, un mundo que esperaba que alguien fuera capaz de estudiarlo con el rigor del historiador. Con la suficiente distancia y con la suficiente empatía. Cada uno a partir de ahí hará su composición de lugar y ubicará lo conocido en un mosaico más complejo y más amplio. Esa es la tarea de todos los que nos hacemos cargo, con mejor o peor fortuna, de nuestra existencia. Más allá de las peripecias individuales y de cómo asumir las experiencias que marcan nuestras biografías, creo que no se podrá volver a hablar con rigor de aquella época sin conocer la investigación rigurosa y exhaustiva que el lector encontrará en esta obra.

Antonio GARCÍA SANTESMASES
Catedrático de Filosofía Política de la UNED

PRÓLOGO

¿UN ALA IZQUIERDA EN EL PSOE? HISTORIA DE UNA CORRIENTE DE OPINIÓN

La publicación de un libro que supone la culminación de diez años de colaboración docente e intelectual constituye, sin duda, una gran satisfacción. Un proyecto doctoral que empezó con la pregunta de por qué no se había consolidado un ala izquierda en un partido político centenario como es el PSOE durante la actual España democrática.

Se trataba de un proyecto de historia política reciente que fuera más allá del periodo de la transición y que cubriera la larga etapa protagonizada por los gobiernos de Felipe González, cuando había transcurrido poco más de una década desde el final de la primera época socialista en el poder y también finalizaba el período protagonizado por José Luis Rodríguez Zapatero.

En efecto, en 2011 la Asociación de Historiadores del Presente organizó el congreso internacional «Historia de la época socialista. España, 1982-1996», que dio lugar a la publicación de unas actas y un libro colectivo. Hasta entonces, la historiografía sobre el PSOE solamente había llegado a 1982 debido a la dificultad de abordar el período posterior de gobierno a causa de las limitaciones de acceso a las fuentes primarias y a la complejidad de abordar la trayectoria de las organizaciones socialistas junto a la acción de gobierno.

El estudio de una corriente de opinión del PSOE, reconocida oficialmente en 1983, añadía aun más dificultad al proyecto de investigación. La sólida formación interdisciplinar y madurez de Guillermo León, así como su entusiasmo investigador, constituían, en cambio, armas para contrarrestar esos hándicaps.

La ausencia de un archivo central de Izquierda Socialista implicaba la localización a lo largo de la geografía de España de colecciones documentales privadas al mismo tiempo que recogía fuentes orales con la estrategia del testimonio de las elites más que una serie de relatos de vida. La investigación implicaba acercarse no sólo a la trayectoria de una serie de personalidades y cuadros políticos, sino que trataba de escudriñar la organización de la base

del PSOE, y las limitaciones del modelo organizativo en una época de construcción también del Estado de las Autonomías. De este modo, nos acercamos también a la problemática de la reorganización del PSOE desde una perspectiva territorial a través de encuentros científicos promovidos por el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia en España (CIHDE), grupo investigador de la UNED.

A mitad de la década pasada se fueron abriendo a los investigadores archivos como el del PSOE en democracia hasta 1990 (fondo Ajalvir) en la Fundación Pablo Iglesias y se constituyó la Fundación Felipe González, que ha ido digitalizando algunos fondos de correspondencia y cuadernos de notas. No obstante, la investigación de León Cáceres se ha beneficiado más de colecciones documentales de miembros del Comité Federal depositadas no sólo en la Pablo Iglesias también en otras instituciones, como la Fundación Francisco Largo Caballero.

El PSOE del exilio, refundado en la posguerra, había tratado de superar las corrientes y divisiones internas con un modelo de partido hipercentralizado, de partido «bloque». La renovación de los primeros años setenta se había promovido desde sus órganos centrales sin acceder a una refundación con las nuevas formaciones socialistas, al modo francés que había sustituido a la vieja SFIO por el nuevo partido socialista de Mitterrand. Para ello, el PSOE formalmente había federalizado al partido absorbiendo a la mayor parte de los nuevos grupos socialistas de carácter nacional y regional entre 1976 y 1978. Se trataba de que el PSOE fuera como los gajos de una naranja más que un racimo de uvas. Sin embargo, el Partido Socialista siguió siendo una organización muy centralizada, que solamente con la creación de estructuras de poder territorial paralelas a la consolidación del Estado de las Autonomías y la propia acción de gobierno a todos los niveles fueron restando poder a Ferraz.

Por tanto, como explica adecuadamente Guillermo León, tanto la cultura socialista, muy contraria a las facciones organizadas, como el crecimiento del poder de los líderes regionales dificultaron sobremedida la consolidación de las corrientes de opinión. El hiperliderazgo de Felipe González, que llegó a ser calificado de «felipismo», también neutralizaba las apelaciones al pluralismo de Izquierda Socialista. Solamente la existencia de una pluralidad de grupos socialistas ilegales durante el tardofranquismo en regiones como Valencia, Cataluña y Madrid, permitió la pervivencia de la corriente de opinión Izquierda Socialista al final del período estudiado.

La coyuntura decisiva para el futuro de Izquierda Socialista fue el debate en torno al referéndum sobre la OTAN. Defensora de la histórica subcultura

pacifista obrera, la Corriente había asumido el neutralismo activo contrario a los Bloques de la Guerra Fría. Un neutralismo antiimperialista que fue una modulación ideológica de la nueva izquierda antifranquista.

El autor define también lo que denomina como «dilema congénito» de Izquierda Socialista (IS) entre respetar la disciplina de partido y la oposición a las políticas y a la deriva ideológica del PSOE. Muchos de sus cuadros fueron expedientados mientras que otros eran cooptados por la línea mayoritaria con puestos de representación o de gestión. Otros líderes, como Luis Gómez Llorente, optaron por retirarse de la esfera pública o vieron frustrada su carrera política, como Francisco Bustelo y Pablo Castellano, pasando brevemente a militar en Izquierda Unida.

Hubo alguna otra tentativa de constituir nuevas corrientes de opinión, como la denominada Democracia Socialista, así como la creación de plataformas de debate político, a las que se acercó IS intentando consolidar un ala izquierda. Sin embargo, ni la «desavenencia» entre el PSOE y la UGT, ni el conflicto entre «renovadores» y «guerristas», permitieron el crecimiento de la Corriente hasta lograr consolidar una fuerte ala izquierda. La ausencia de diferencias ideológicas decisivas entre los seguidores de Alfonso Guerra y los llamados «renovadores» quedó demostrada no sólo con el cierre de filas ante los ataques de la derecha y el acoso mediático, sino con la opción en 1993 de un acuerdo de apoyo parlamentario al gobierno del PSOE en minoría con los nacionalistas catalanes frente a la apuesta de la Corriente por la unidad de acción de la izquierda.

Izquierda Socialista fue, entonces, cercana a la figura de Largo Caballero y en menor medida al secretario general del PSOE en el exilio, Rodolfo Llopis, aunque algunos pocos cuadros también se sintieran cerca de Juan Negrín. La fidelidad al marxismo les parecía más identificable con la personalidad de Caballero que con las del profesoral Julián Besteiro y el pragmático Indalecio Prieto, mucho más reivindicados por la mayoría del partido. No obstante, los años de la transición y de gobierno socialista, tiempo del discurso hegemónico de la reconciliación, no era un momento de especial sensibilidad hacia la «memoria democrática».

En la batalla por la sucesión del liderazgo de Felipe González, abierta desde el comienzo de los años noventa, Izquierda Socialista lanzó incluso testimonialmente la candidatura de Fernando Morán. Fuera ya del tiempo estudiado, la Corriente apoyó la candidatura de Josep Borrell en las primeras primarias y contribuyó después al triunfo de Rodríguez Zapatero frente a José Bono en el año 2000. Finalmente, su apoyo al modelo de partido de las primarias ha sido una contribución de Izquierda Socialista en su lucha por la

democracia interna, una especie de legado para el momento actual, aunque quizá contradictorio con la defensa de un modelo de partido plural de corrientes de opinión frente al hiperliderazgo y al presidencialismo.

A mi juicio, el factor decisivo en el fracaso de la Corriente para consolidar un ala izquierda del PSOE residió en su refundación en la posguerra como organización hipercentralizada, superadora de las divisiones internas de los años de la Segunda República. La renovación de los años setenta, simbolizada por el Congreso de Suresnes, y la absorción de nuevas formaciones socialistas no rompieron con ese modelo organizativo. A esto se añadió la construcción del Estado de las Autonomías en la España actual. El poder institucional de los responsables autonómicos no alentaba la tolerancia de corrientes.

A modo de conclusión, se puede decir que el libro del profesor Guillermo León no sólo es una de las obras más importantes sobre la historia del PSOE en democracia, siendo de obligada referencia para los historiadores del tiempo presente y los científicos sociales, sino que constituye una contribución relevante para el crecimiento de la cultura democrática de los ciudadanos españoles.

Abdón MATEOS
Catedrático de Historia Contemporánea
UNED

SIGLAS

AALL: Agrupaciones Locales.
AFFG: Archivo Fundación Felipe González.
AFFLC: Archivo Fundación Francisco Largo Caballero.
AFPI: Archivo Fundación Pablo Iglesias.
AISC: Archivo de Izquierda Socialista de Cataluña.
AP: Alianza Popular.
CCOO: Comisiones Obreras.
CEE: Comunidad Económica Europea.
CEF: Comisión Ejecutiva Federal.
CER: Comisión Ejecutiva Regional.
CIS: Centro de Investigaciones Sociológicas.
CiU: Convergencia i Unió.
DS: Democracia Socialista.
ES: El Socialista.
ESC: Esquerra Socialista de Catalunya.
ETA: Euskadi ta Askatasuna.
FPS: Federación de Partidos Socialistas.
FSM: Federación Socialista Madrileña.
GAL: Grupos Antiterroristas de Liberación.
GES: Grupo de Estudios Sociológicos.
IS: Izquierda Socialista.
ISC: Izquierda Socialista de Cataluña.
IU: Izquierda Unida.
JJSS: Juventudes Socialistas.
OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte.
PASOC: Partido de Acción Socialista.
PCE: Partido Comunista de España.
PEJ: Plan de Empleo Juvenil.
PNV: Partido Nacionalista Vasco.

PP: Partido Popular.

PSA: Partido Socialista de Aragón.

PSC: Partit dels Socialistes de Catalunya.

PSE: Partido Socialista de Euzkadi.

PSOE (H): Partido Socialista Obrero Español Histórico.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

PSP: Partido Socialista Popular.

UCD: Unión de Centro Democrático.

UGT: Unión General de Trabajadores.

TABLAS Y GRÁFICOS

Cuadro 1: Las facciones según la clasificación de Sartori.....	pág. 35
Cuadro 2: Corrientes de opinión en el PSOE (1980-1997).....	pág. 51
Cuadro 3: Corriente Socialista.....	pág. 56
Cuadro 4: Delegados de Izquierda Socialista al XXXI Congreso del PSOE: número y procedencia	pág. 226
Cuadro 5: Propuestas organizativas para el XXXIII Congreso del PSOE	pág. 292
Cuadro 6: Enmiendas a la Ponencia de Organización entre el XXXI y XXXIV Congresos del PSOE (1988-1997)	pág. 295
Gráfico 1: Enmiendas Ponencia Organización en Congresos del PSOE entre 1988 y 1997 (Datos Cuadro 6)	pág. 296

«Pero sus victorias siempre serán provisionales...
Siempre, ya lo sé. Pero ésa no es una razón para dejar de luchar».
Albert Camus. *La peste*.

«Es evidente que estamos aquí sólo para luchar, no para vencer. Cuándo
venceremos es algo que no se sabe».
Pier Paolo Pasolini. *El Caos*.

«Regla táctica número 5: seamos kantianos en una forma que quizá
hubiera sorprendido a Kant —o más probablemente no—,
a la manera del poeta comunista Pasolini o del guerrero apache
Gerónimo: en las situaciones difíciles, uno sigue luchando aun cuando
no tenga ya esperanza de vencer».
Jorge Riechmann. *Fracasa mejor* (fragmentos, interrogantes, notas,
protopoemas y reflexiones).

CAPÍTULO 0

FACCIONALISMO EN PARTIDOS POLÍTICOS: EL CASO DEL PSOE

1. FACCIÓNES Y TENDENCIAS EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS

1.1. *Algunas consideraciones sobre el concepto de facción*

Los partidos políticos, como objeto de estudio, frecuentan una intersección en la que confluyen disciplinas como la ciencia política y la sociología, por tanto, hacer historia sobre un partido político se viene apoyando en el diferente instrumental metodológico procedente de las ciencias sociales, máxime cuando las fronteras entre historia y ciencias sociales, más que herméticas, son porosas¹. En este sentido, esta investigación se inserta en una tendencia subrayada por Hernández Sandoica para la nueva historia política, que muestra una nueva sensibilidad hacia las áreas de conocimiento de la sociología cualitativa y la ciencia política, e incluso la antropología².

La dinámica interna de los partidos políticos viene siendo un tradicional objeto de investigación de las ciencias sociales desde hace más de cien años. Desde los trabajos pioneros de Ostrogorski, Michels y Weber, hasta los años cincuenta y setenta del pasado siglo, cuando se perfiló como un auténtico subcampo de la ciencia política, la producción científica sobre los partidos políticos no ha parado de crecer. Asimismo, los estudios que tratan de ensayar

¹ Algunos autores han decidido trascender ambos campos al abordar sus objetos de estudio, así Sánchez Cuenca apunta que «[p]ara escribir este libro, he decidido no respetar las barreras disciplinares que separan la historia de la ciencia política. Me parece que esas barreras son más bien artificiales y, sobre todo, empobrecedoras», véase SÁNCHEZ CUENCA, I., *Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2014, p. 30.

² HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Tendencias historiográficas actuales*, Akal, Madrid, 2004, p. 434.

una definición de facción en los partidos políticos datan de siglos atrás³. Sin embargo, y a pesar de que la investigación sobre partidos es muy fecunda y cuenta con una larga tradición, cuando se afronta el análisis del faccionalismo surgen dos obstáculos. Primero, los estudios referidos al faccionalismo son escasos si los comparamos con las investigaciones sobre los modelos de partido⁴. Segundo, el carácter escurridizo del concepto, porque una de las principales dificultades a las que se enfrentan los investigadores cuando estudian las divisiones internas de los partidos es la denominación, como acertadamente ha señalado el politólogo Giovanni Sartori:

«La primera dificultad con la que tropezamos es la carencia de una terminología establecida para designar subunidades de los partidos. Los italianos las llaman corrientes (*correnti*); los alemanes hablan generalmente de alas y tendencias (*Richtung* y/o *Flügel*), y los autores franceses o ingleses son igualmente imprecisos y metafóricos a este respecto. En cambio los politólogos estadounidenses se han quedado con el término facción (*faction*), que a mi juicio no resulta muy afortunado»⁵.

Por su parte, Richard Rose diferencia entre facciones y tendencias, así «sostiene que las facciones son grupos deliberada y sólidamente organizados que perviven en el tiempo y engloban a una amplia gama de asuntos [...] [y] define la tendencia como un conjunto estable de actitudes en lugar de un conjunto estable de políticos, al que le falta cohesión y durabilidad, que aparece de vez en cuando y sobre determinados asuntos»⁶. Por otra parte, si partimos

³ Para un recorrido apretado por la bibliografía de partidos políticos en el campo de la ciencia política, que a la altura de 2002 consideraban que había publicados «aproximadamente 11.500 libros, artículos y monografías sobre los partidos y los sistemas de partidos sólo en Europa occidental», véase MONTERO, J. R. y GUNTHER, R., «Introducción: los estudios sobre los partidos políticos», en MONTERO, J. R. *et al.* (Eds.), *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, Editorial Trotta y Fundación Alfonso Martín Escudero, Madrid, 2007, pp. 16-18; para deslindar las facciones dentro de los partidos haciendo un recorrido por los aportes de Maquiavelo, Montesquieu, Voltaire, Burke, Bolingbroke, Madison, Washington y Hume, subrayando las connotaciones negativas que ha tenido el término facción en el pensamiento político occidental moderno, véase SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp. 27-42.

⁴ Apreciación de la politóloga Françoise Boucek citada en ESPEJEL ESPINOZA, A., «El estado de la cuestión de los grupos al interior. Entre facciones, fracciones y tendencias», en: *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, Volumen II, número 1, enero-junio 2013, p. 142.

⁵ SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos...*, *op. cit.*, p. 107.

⁶ Citado en KOPECKI, P., «Faccionalismo en los partidos parlamentarios de la República Checa: un concepto y algunos resultados empíricos», en LÓPEZ NIETO, L., GILLESPIE, R. y

de la definición más general de Beller y Belloni, quienes conciben la facción como «cualquier grupo relativamente organizado que exista dentro del contexto de algún otro grupo y que compita en éste por el poder con otros rivales»⁷, observamos que se trata de un concepto problemático para la ciencia política. Entre las clasificaciones que se han formulado, hace años que Sartori, siguiendo la taxonomía de Hume, recogía la existencia de facciones por interés y facciones por principio (Cuadro 1). Si las primeras centran sus objetivos en lograr el poder del partido (facciones por poder) u obtener pagos marginales (facciones por despojos); las segundas se identifican por su perfil ideológico, siendo la subcategoría extrema el grupo testimonial, «que se constituye en testigo de un valor y de un mensaje testimonial»⁸.

Cuadro 1. Las facciones según clasificación de Sartori.

CATEGORÍAS	SUBCATEGORÍAS	MOTIVACIÓN
FACCIÓN POR INTERÉS	FACCIÓN POR PODER	Lograr el poder del partido
	FACCIÓN POR DESPOJOS	Obtener recompensas marginales
FACCIÓN POR PRINCIPIO	FACCIÓN POR PRINCIPIO	Aglutinante intelectual
	GRUPO TESTIMONIAL	Testimonio ideológico

En la distinción entre facciones por interés y facciones por principio, la primera suele camuflar sus fines últimos y los disfraza de eficacia o realismo técnico. Un indicador de este tipo de facciones es la existencia de bases clientelares; las facciones por interés suelen ser *grupos de clientela*. Los despojos son muy importantes para la facción por interés, porque forman parte de la recompensa de sus militantes; «por el contrario la mejor forma de detectar las facciones por principio, al menos en apariencia, es su falta de una base de clientela, porque su fuerza de automantenimiento y de reclutamiento se deriva, más que de cualquier otro factor, de su atractivo intelectual o de su prose-

WALLER, M., *Política faccional y democratización*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995, p. 238.

⁷ Definición citada en PANIAGUA, J. L. y RAMIRO, L. J., *Voz, conflicto y salida. Un estudio sobre el faccionalismo: Nueva Izquierda, 1992-2001*, Editorial Complutense, Madrid, 2003, p. 26.

⁸ SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos...*, *op. cit.*, pp. 112-113.

litismo de creencia»⁹. Por su parte, el grupo testimonial es definido por Sartori del siguiente modo: «La forma extrema de la fracción por principio es el grupo testimonial que se constituye en testigo de un valor y de un mensaje de finalidad. Así, mientras las fracciones por interés están motivadas por compensaciones inmediatas y tangibles, las fracciones por principio son, por encima de todo, *grupos de promoción*»¹⁰, entendida ésta como promoción de ideas e ideales. A efectos de nuestro objeto de estudio, y la clasificación ideada por Sartori, uno de los principales líderes de Izquierda Socialista (IS) en su primera etapa, Pablo Castellano, afirmaba «creo que las actitudes testimoniales juegan un papel crítico que es esencial para la democracia. No sé por qué siempre se habla de las posturas testimoniales despectivamente. Yo no me planteo la política como un asunto en el que vas a ganar o a perder. I.S. no lucha en el seno del PSOE por el poder, sino por el hacer»¹¹.

Desde un punto de vista analítico utilizaremos el término corriente, que adquiere carta de naturaleza a partir de la Conferencia de Organización y Estatutos del PSOE, celebrada a principios de 1983, en contraposición al término tendencia, figura terminantemente prohibida en los Estatutos sucesivamente aprobados por el partido en el periodo estudiado. Esta prohibición taxativa encontraba una primera argumentación en la experiencia histórica: la trayectoria del PSOE durante buena parte del siglo xx estuvo marcada por disputas y divisiones internas¹². Desde esta experiencia histórica, para el partido las tendencias eran consideradas un anatema, toda vez que el PCE surgió a principios de los años veinte de su tendencia *tercerista* o probolchevique y el periodo republicano y la guerra civil destacaron como los momentos de máxima tensión en las organizaciones socialistas, arrojando al exilio, tras la derrota en la guerra civil, un partido roto. En aquel periodo las disputas entre besteiristas, caballeristas, prietistas y, posteriormente, negrinistas, tensionaron hasta tal punto al partido que las reservas hacia el faccionalismo pasaron a formar parte del imaginario colectivo de los dirigentes y sus magras bases. Durante la dictadura, un PSOE preocupado por su supervivencia adoptó un estilo de gestión que huía de las divisiones y actuaba monolíticamente en torno a la dirección. De hecho, ha llegado a considerarse que la lucha de tendencias fue «la razón central» del fracaso socialista durante la II República,

⁹ *Ibid.*, pp. 113-114.

¹⁰ *Ibid.*, p. 113.

¹¹ Entrevista a Pablo Castellano en *Revista Tiempo*, 12/X/1987.

¹² Algún autor ha considerado este rasgo fundamental en la trayectoria del partido, así la historia de Richard Gillespie sobre el PSOE, en su versión inglesa, la denomina *The Spanish Socialist Party: a history of factionalism*, Oxford, Clarendon, 1989.

dada la imposibilidad de encontrar cauces comunes para dirimir las diferencias de orden político e ideológico, que condujeron, a la larga, a la parálisis política del PSOE¹³.

Por otra parte, las categorías politológicas facciones por interés y por principio, recogidas en el Cuadro 1, contribuyen a matizar la naturaleza de la fragmentación interna dentro del PSOE durante la época estudiada. Aparte de la denominación y su definición exacta, otra herramienta analítica que nos ayudará a determinar la naturaleza del fenómeno faccionalista en el PSOE y la singularidad de IS, está relacionada con su permanencia en el tiempo. En este sentido, Sartori indica lo siguiente:

«Lo que importa es si existen una estabilidad y una continuidad de fondo, y esto es en gran parte cuestión de juicio impresionista, aunque informado. Por eso, y al menos con fines comparativos generales, preferiría hablar de estabilidad-perdurabilidad, divididas aproximadamente en baja (esto es, fracciones de tipo pasajero), media y alta. Si la duración cronológica por sí sola señala la existencia de una alta estabilidad, tanto mejor. Pero si la cuenta del tiempo indica, por el contrario, un carácter pasajero, entonces lo indicado es estudiar el grado de organización, el grado de cohesión ideológica, el tipo de motivación y, sobre todo, la importancia de la unidad de medida, esto es, la permanencia de la etiqueta»¹⁴.

Desde este presupuesto teórico podemos formular algunas consideraciones. La primera es que la mayoría de las corrientes que se crearon en el PSOE entre 1980 y 1997 fueron de carácter informal. Y, en cuanto a su perdurabilidad y estabilidad, compartieron un mismo rasgo: su fugacidad. Sólo IS, constituida como corriente formal, tiene una perdurabilidad alta, puesto que se proyecta en el tiempo y a través de esa proyección se puede bosquejar su perfil ideológico y político, así como el tipo de motivación que mueve a los militantes a formar parte de la misma. En este sentido, trataremos de explicar las razones de su supervivencia a lo largo del tiempo.

Por último, señalar que si no existe acuerdo sobre la nomenclatura de los grupos en que se divide internamente un partido, tampoco los estudios sobre los orígenes y causas del faccionalismo en los partidos políticos acaban de ser concluyentes, como subrayan Paniagua y Ramiro: «existen múltiples factores

¹³ JULIÁ, S., *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 78-79.

¹⁴ SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos...*, *op. cit.*, p. 118; también insiste en esto Panebianco cuando afirma que «no es la continuidad en el liderazgo lo que hace de un grupo una facción, sino su duración y solidez organizativa», en PANEBIANCO, A., *Modelos de partido*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p. 149.

asociados al posible origen del faccionalismo [...]. No se ha identificado ninguna causa necesaria del faccionalismo y sería muy arriesgado decir que alguna de ellas es una causa verdaderamente suficiente»¹⁵.

1.2. *La demonización de un concepto problemático:
un acercamiento a experiencias históricas faccionalistas*

Decía Voltaire en la *Encyclopédie* que «el término partido no es, en sí mismo, odioso; el término facción siempre lo es» y remacha Sartori que «en toda la tradición del pensamiento político occidental apenas si hay un autor que no haya adoptado el mismo punto de vista»¹⁶. Por tanto, estamos ante un concepto profunda y largamente denostado. Como apunta Beyme, «sólo el enfoque de la teoría de la democracia dentro de los estudios sobre los partidos políticos condujo a finales de los años sesenta y principios de los setenta a una valoración positiva del fenómeno», hasta el punto de que durante los años sesenta del pasado siglo hubo una cierta glorificación del faccionalismo, «en algunos países, y sobre todo en Italia, no se ha valorado de una manera exclusivamente negativa la correntocrazia. Sin la presión de las corrientes izquierdistas dentro de la Democracia Cristiana no habrían sido pensables entre las más altas instancias gubernamentales ni la “apertura a la izquierda” ni los esfuerzos en pro de un “compromiso histórico”. También en el seno de la Democracia Cristiana italiana las alas han mantenido en parte despiertas exigencias programáticas, que iban más allá de la habitual política de patronazgo del partido»¹⁷.

El caso del socialismo francés, en este sentido, es paradigmático, sobre todo porque se despliega en el mismo tiempo histórico en el que cuaja el PSOE de la transición. El Partido Socialista francés en algo más de una década pasaba de cosechar el cinco por ciento de los votos en las elecciones a la Asamblea francesa, en 1969, al gobierno de la República en 1981. Un partido refundado en el Congreso de Épinay en junio de 1971, conformándose en su seno cuatro tendencias: una primera, encarnada por François Mitterrand, que conjugaba socialismo humanista y defensa de una política de nacionalizaciones; una segunda, liderada por Pierre Mauroy, apegada al reformismo; una

¹⁵ PANIAGUA, J. L. y RAMIRO, L. J., *Voz, conflicto y salida. Un estudio sobre faccionalismo...*, *op. cit.*, p. 37.

¹⁶ Véase SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos...*, *op. cit.*, pp. 27-28.

¹⁷ VON BEYME, K., *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, CIS/Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 302-303.

tercera, encabezada por Michel Rocard, fundamentada en la autogestión económica y social; y, en fin, una cuarta, el CERES (Centre d'Etudes, de Recherches et d'Education Socialiste), liderado por Jean Pierre Chevènement, que representaba la extrema izquierda inspirada en el marxismo. Esta última corriente descansaba en dos pilares: perspectiva revolucionaria y propensión a pactar con los comunistas para evitar la «socialdemocratización» del partido. Estas cuatro tendencias se disputaron el poder a lo largo de la década y lejos de debilitar al partido, lo fortalecieron; de hecho, mientras estuvieron en la oposición, «la separación del partido en fracciones rivalizantes (tanto en cuanto a posiciones programáticas como en cuanto a personas) era, más bien, un signo de fortaleza que de debilidad, puesto que permitía una gran flexibilidad táctica: la relación de fuerzas internas se ajustaba, en cada fase, a las necesidades políticas del partido, bien en lo referente a la relación con el PC [Partido Comunista], bien en cuanto a la necesidad de ampliar las bases electorales»¹⁸. Así, para algunos autores el CERES, sobre todo en la primera época de la refundación, fue la corriente que más rápidamente creció y más dinamismo y actividad imprimió a la vida interna del partido¹⁹. El importante papel que había jugado la izquierda representada por el CERES en la refundación del socialismo francés en Épinay era reconocido por el propio Mitterrand quien, a pesar de las divergencias que habían mantenido, manifestaba que «lo que nos une tiene más fuerza que lo que no separa», dando trascendencia a las buenas relaciones que mantenía con los dirigentes del ala izquierda del partido²⁰.

Sin embargo, la percepción sobre la composición orgánica del socialismo francés era muy dispar entre IS y la dirección del PSOE. Si para la primera había sido una referencia a la hora de presentar su alternativa organizativa²¹, para los segundos constituía un modelo del que se encontraban muy alejados y que no consideraban referente, tal y como nos contaba Alejandro Cercas,

¹⁸ Véase ZIEBURA, G., «¿Socialistas o socialdemócratas? Retrato del Partido Socialista Francés», en: *Nueva Sociedad*, número 58, enero-febrero, 1982, pp. 4-6.

¹⁹ BELL, D. S y CRIDDLE, B., *The French Socialist Party. The emergence of a Party of Government*, Clarendon Press-Oxford, Oxford, 1988, Second Edition, p. 78.

²⁰ Véase MITERRAND, F., *Aquí y ahora*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1981, p. 27.

²¹ Gómez Llorente, líder de IS, había estudiado los Estatutos del Partido Socialista Francés tal y como se deduce de una nota de agradecimiento a Agustín Daza por haberle permitido fotocopiar un ejemplar de esos Estatutos, Fondo Agustín Daza, Correspondencia Personal, Carpeta 488-17, AFFLC. Precisamente el Partido Socialista francés «en noviembre de 1978 [...] adoptó un reglamento de organización interna en el que se garantiza el derecho a existir de las corrientes e incluso se les garantiza una representación adecuada dentro de las delegaciones del partido y de las comisiones de estudio», véase VON BEYME, K., *Los partidos políticos...*, op. cit., p. 303.

dirigente socialista en los años ochenta y noventa: «hay unas malísimas relaciones con el Partido Socialista Francés [...], nosotros las buenas relaciones [las tenemos] con los alemanes y los suecos, sobre todo los alemanes, y eso explica muchas cosas [...]. El Partido Socialista francés no tiene nada que ver con el PSOE [...] es un partido de personalidades, de clubs políticos, un partido con el que no tenemos nada que ver; [...] el fracaso del programa común de la izquierda es para nosotros inmediato y lo que hay es una cacofonía de personalidades»²².

En cuanto a experiencias faccionalistas más cercanas en el tiempo, en países como Hungría, durante la década de los noventa del pasado siglo, se subraya que «a diferencia de otros partidos, la existencia de facciones en el MSzP [Partido Socialista Húngaro] no ha llevado ni a divisiones o rupturas ni a un faccionalismo pernicioso. Puede decirse incluso que la existencia de facciones o rupturas ha supuesto una ventaja para el partido que le ha permitido presentar diversas caras a sus potenciales seguidores y abrirse en cualquier dirección hacia otros partidos»²³.

Aparte de las experiencias históricas, desde el campo de las ciencias sociales se le reconocen virtudes al faccionalismo. En primer lugar, se lo ha concebido como una extensión de los derechos del militante, en tanto que «una persona puede interpretar el faccionalismo como el ejercicio de sus derechos políticos, como una participación más intensa y como reflejo de una mayor democracia, lo que puede ser especialmente el caso del faccionalismo cuando toma la forma de una actividad de las bases que puede verse como la extensión de la actividad democrática hasta los últimos escalones del partido»²⁴. Por su parte, Maurice Duverger en su clásico estudio sobre los partidos políticos, a la hora de analizar las tendencias utiliza el sintagma descentrali-

²² Testimonio de Alejandro Cercas, Cáceres, 15/X/2015. Alan Granadino apunta en su tesis doctoral que la influencia del socialismo francés fue más intensa entre 1972 y 1975, prácticamente hasta que la relación entre PSOE y SPD alemán se hizo más estrecha, en GRANADINO, A., *Democratic Socialism or Social Democracy?. The influence of the British Labour Party and the Parti Socialiste Français in the Ideological Transformation of the Partido Socialista Português and the Partido Socialista Obrero Español in the mid-70s*, tesis doctoral, 2016, p. 456.

²³ LOMAX, B., «Facciones y faccionalismo en el nuevo sistema de partidos húngaro», en LÓPEZ NIETO, L. *et al.*, *Política faccional y democratización...*, *op. cit.*, pp. 231-232.

²⁴ LEWIS, P. G., «Polonia y Europa del Este: perspectivas sobre facciones y faccionalismo», en LÓPEZ NIETO, L. *et al.*, *Política faccional y democratización...*, *op. cit.*, pp. 198-199. También Zieburá afirma para el Partido Socialista francés de los años setenta que «la lucha entre las tendencias muestra un alto grado de democracia interna y que el amplio espectro ideológico manifestado en ella atrae a los diversos grupos sociales», véase ZIEBURA, G., *op. cit.*

zación ideológica, y si subraya los riesgos de escisión que conlleva, también pone de manifiesto las consecuencias positivas de la misma, que estriban en «mantener una atmósfera de discusión, de rivalidad intelectual, de libertad» y hace prevalecer el debate a propósito de aspectos estratégicos generales sobre «“las consideraciones de campanario”»²⁵. En tercer lugar, en el plano organizativo se defienden los efectos beneficiosos de la fragmentación interna, puesto que una de sus ventajas es su carácter «profundamente antiburocrático [...], el faccionalismo impide la monopolización de todos los canales de comunicación dentro del partido por parte de la elite dirigente tal y como había sido desarrollado en su momento por el modelo oligárquico de Michels»²⁶.

Descendiendo al objeto de nuestro estudio hemos de formular un par de consideraciones. En primer lugar, se ha llegado a considerar que si bien el faccionalismo en el PSOE obstaculizó una oposición eficaz a la dictadura [franquista], tuvo un aspecto positivo, toda vez que modernizó sus perspectivas políticas y actividades y le permitió jugar un papel destacado en el proceso de transición a la democracia y en la consolidación del sistema político²⁷. La segunda consideración está relacionada con el modelo organizativo que adoptó el PSOE, teniendo en cuenta que el modelo del socialismo francés con su faccionalismo institucionalizado había logrado un éxito histórico, desde un punto de vista político y electoral a principios de los ochenta. Sin embargo, a pesar de la cercanía geográfica y el éxito contrastado de la fórmula francesa, el socialismo galo no influyó demasiado en la conformación organizativa del PSOE, si acaso en la inspiración del modelo que se trató de implantar a principios de los ochenta, impulsado por Carmen García Bloise, que sí conocía la experiencia francesa de primera mano. Pero la impronta en el PSOE de inicios de la transición sería centralizadora y la inspiración en el ámbito estratégico político y electoral vendría del norte de Europa, así, tanto las técnicas electorales como la vía nórdica de acceso al poder, procederían de países como Suecia o Alemania²⁸.

²⁵ DUVERGER, M., *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 84.

²⁶ VON BEYME, K., *Los partidos políticos en las...*, op. cit., p. 314.

²⁷ GILLESPIE, R., *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Alianza Universidad, Madrid, 1991, pp. 11-12.

²⁸ Quien fuera ministro de Educación con Felipe González a mediados de la década de los ochenta, José María Maravall, decía que «[Felipe] González es un hombre realista, más amigo, por ejemplo de un político a ras de tierra como Helmut Schmidt que de Willy Brandt, pese a las apariencias», véase *El País*, 14/X/1991; la elección de la vía nórdica de acceso al poder que persigue la llegada al gobierno sin apoyos político-electorales a la izquierda en JULIÁ, S., *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Taurus, Madrid, 1997, p. 522.

1.3. *Transformaciones organizativas y faccionalismo*

Si las corrientes son subunidades dentro de los partidos políticos, el ecosistema interno en el que se desenvuelven está delimitado y condicionado por la regulación estatutaria y organizativa de los mismos. Las transformaciones organizativas de los partidos se estudian básicamente desde dos perspectivas, una denominada evolucionista y otra que las fundamenta en contextos organizativos, ambientales y estructurales. La primera analiza su secuencia evolutiva, que se inicia con el partido de elites o notables y continúa con las organizaciones de cuadros, masas, *atrapalotodo* y cártel; y la segunda perspectiva se centra en la propia historia de la organización y su proceso de institucionalización²⁹.

El PSOE, que en los inicios del proceso de cambio político se estaba reconstruyendo como partido de masas, evolucionó velozmente hacia el partido catch all o *atrapalotodo*, proceso que entrañó importantes consecuencias organizativas, entre las cuales destacó la pérdida de relevancia del papel del militante o el escaso énfasis en la ideología a favor del liderazgo³⁰. Durante aquel periodo se construyó un modelo de partido que gravitaba en torno a la figura de Felipe González y fue tal la huella que dejó en la organización que incluso algunas voces autorizadas dentro del mismo consideran que los problemas que atravesaba el PSOE a mediados de la segunda década del siglo XXI obedecían a que «hemos venido dando tumbos, y todavía no hemos sido capaces de arreglar la sucesión de Felipe González»³¹.

²⁹ Para un sintético recorrido por la evolución organizativa de los partidos desde el partido de elites al partido cártel, véase KATZ, R. S. y MAIR, P., «La supremacía del partido en las instituciones públicas: el cambio organizativo de los partidos en las democracias contemporáneas», en MONTERO, J. R. *et al.* (Eds.), *Partidos políticos...*, *op. cit.*, p. 101 y ss.; para la segunda perspectiva, fundamentalmente PANEBIANCO, A., *Modelos de partido*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

³⁰ La evolución del partido hacia el modelo catch all en GILLESPIE, R., «Faccionalismo, la izquierda y la transición a la democracia en España», en LÓPEZ NIETO, L. *et al.*, *Política faccional y democratización...*, *op. cit.*, p. 80; también en GUNTHER, R. *et al.*, *El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución*, CIS, Madrid, 1986, p. 188; una crítica de Juliá advirtiendo de que los apoyos electorales ya en las primeras elecciones de 1977 eran los típicamente socialdemócratas, trabajadores y clases medias, y por tanto el perfil sociológico era catch all, antes de que se comenzase a argumentar desde de la Ciencia Política que el partido estaba derivando organizativamente hacia ese modelo, en JULIÁ, S., *Los socialistas en la...*, *op. cit.*, p. 486; para las diferencias entre el partido burocrático de masas y el partido profesional-electoral, véase PANEBIANCO, A., *Modelos de...*, *op. cit.*, p. 492, figura 17.

³¹ Declaraciones de Juan Carlos Rodríguez Ibarra, que fue Secretario General del PSOE de Extremadura y Presidente de la Junta de Extremadura durante más de dos décadas, *Diario Hoy* 18/II/2015.

El cambio de estrategia, poniendo el acento en la persona y no en la organización, y que constituyó «una incipiente exaltación de la personalidad de Felipe González como símbolo del nuevo partido», se manifestó en 1977 tal y como revela Alfonso Guerra: «en el año setenta y siete tuvimos una discusión muy intensa, muy fuerte, incluso un poco tensa en la dirección del partido. El tema era si debíamos organizar la campaña electoral del setenta y siete centrándola en una persona o en un colectivo. Se discutió mucho y yo sostuve que en una persona. Yo creía que era necesario poner un rostro, una cara a la voz de un partido que llevaba cuarenta años debajo de las piedras»³². El mismo Alfonso Guerra nos ofrece una versión más amplia del episodio en la primera parte de sus memorias, apuntando que «algunos, de manera especial Luis Gómez Llorente, se opusieron terminantemente a la “exaltación” de la personalidad del primer secretario del PSOE, con la advertencia de que podría derivar en el futuro en el culto a la personalidad»³³.

Esta evolución organizativa del partido obligó a IS a desplegar una lucha en varios frentes. En primer lugar, batalló por preservar los principios ideológicos y destacó como grupo de promoción ideológica ante el lento pero inexorable proceso de desideologización que experimentó el PSOE en el periodo estudiado; en segundo lugar, potenció la participación en el partido a través de sus intentos por revitalizar la actividad militante y su preocupación por cuidar la formación ideológica de los afiliados; y en tercer lugar, se enfrentó al estilo personalista de gestión que imprimió el Secretario General, poniendo el acento en el colectivo y denunciando el hiperliderazgo de Felipe González. Esta perpetua lucha organizativa perseguía la mejora en el funcionamiento de tres pilares básicos de la organización: información, formación y participación de la militancia. Y esto era lo que precisamente consideraban esencial algunos sectores izquierdistas del PSOE de Cataluña, cuando en un documento de posiciones valoraban los congresos de 1979 y apuntaban que por parte del partido «se ha reconocido que los pilares básicos en los que se apoya el modelo de partido son la información, la formación y la participación activa [de los militantes], en suma una democracia interna real [subrayado en el original]»³⁴.

³² La incipiente exaltación de la personalidad en JULIÁ, S., *Los socialistas en la política española...*, *op. cit.*, p. 483 y las declaraciones de Guerra en BURNS MARAÑÓN, T., *Conversiones sobre el Socialismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1996, p. 139.

³³ GUERRA, A., *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias (1940-1982)*, Espasa, Madrid, 2007, p. 234. Retrospectivamente, e interpretando la evolución del partido en los años noventa, acaba Guerra dándole la razón a Gómez Llorente, véase la pág. 235 de la obra citada.

³⁴ AFPI, Colección FPI AZ Autonomías, año 1979, «Manifiesto de la izquierda del partido de los socialistas de Cataluña», s.f.

Como telón de fondo a los orígenes de IS y a los inicios de esta batalla, la cultura política de la sociedad española de la que se nutre, obviamente, la nueva militancia del PSOE. Durante el franquismo se experimentó un proceso de despolitización muy intenso y la repolitización de la ciudadanía perdió intensidad hacia 1978, cuando las elites partidistas comenzaron a negociar la arquitectura institucional del naciente régimen democrático. Por tanto, no es aventurado afirmar que durante la transición buena parte de los nuevos militantes del PSOE no atesoraban una rica cultura política³⁵ que los dotase de un amplio instrumental crítico para afrontar los debates políticos e ideológicos que se sucedieron dentro de la organización y, por otra parte, que ese escaso bagaje político-ideológico facilitó, en cierto modo, dejarlos a merced de liderazgos fuertes, como el de Felipe González. Todos estos factores alimentaron una cultura organizativa muy singular que se forjó aquellos años y cuyas huellas se pueden rastrear en el PSOE de comienzos del siglo XXI.

2. EL OBJETO DE ESTA INVESTIGACIÓN: IZQUIERDA SOCIALISTA Y LAS SINGULARIDADES DEL FACCIÓNALISMO EN EL PSOE

Durante el proceso de transición se asistió al nacimiento de multitud de partidos políticos, algunos de los cuales se derrumbaron ruidosamente, como la Unión de Centro Democrático (UCD), o a mutaciones ideológicas y organizativas de otros de larga data como el PSOE o el Partido Comunista de España (PCE). En este periodo se sucedieron y convivieron una serie de transformaciones de carácter político, ideológico y organizativo. Entre las primeras, aparte de las inherentes al propio proceso de transición (modificaciones del ordenamiento jurídico-político e institucional), sobresale el proceso de realineamiento de los partidos de izquierdas y la concentración de las ofertas socialistas en el PSOE³⁶. Entre las segundas, se encuentra la evolución

³⁵ Analizando la cultura política durante el franquismo López Pina y Aranguren afirman que «la política del régimen [franquista] ha estado orientada a obstaculizar la producción o articulación de una conciencia política», y en el análisis del dato sociológico que «los datos revelan en el español medio un alto índice de apoliticidad, no ya en la carencia de actitudes políticas articuladas, sino más aún en la verificación de una considerable ignorancia», en LÓPEZ PINA, A. y ARANGUREN, E., *La cultura política de la España de Franco*, Taurus, Madrid, 1976, p. 63.

³⁶ Véanse al respecto JULIÁ, S., *Los socialistas en la política...*, *op. cit.*, p. 431 y ss.; MATEOS LÓPEZ, A., «Del laberinto socialista al partido de la transición», en QUIROSA-CHEYROUZE, R. (Coord.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pp. 221-234 y

ideológica³⁷ de los dos partidos referentes de la izquierda española durante el franquismo y la transición, PSOE y PCE. En cuanto a los cambios organizativos, el PSOE que volvía del exilio era bastante diferente al partido que accedió al poder en 1982, debido fundamentalmente al exponencial crecimiento, tanto organizativo como militante y al cambio generacional en la dirección, aunque había importantes continuidades organizativas con el partido del exilio, relacionadas con el objeto de nuestra investigación: no se toleraban tendencias organizadas³⁸. En este proceso de adaptación se pusieron en juego una serie de señas de identidad del partido; asimismo se asistió a la transformación de un partido clandestino replegado sobre sí mismo en un partido *atrapalotodo*. En este contexto las lecturas que se hagan del pasado, que señalan como un grave problema las divisiones de los años treinta, contribuirán a la conformación de esa misma cultura organizativa. En el caso del PSOE todos estos cambios confluyen y se retroalimentan en la configuración de un modelo de partido en el que tratarán de hacerse un hueco quienes representan su ala izquierda.

En la cultura política del PSOE posee un singular peso específico la percepción de un efecto negativo que las divisiones internas exteriorizadas en el espacio público tienen en sus resultados electorales. Para el periodo estudiado los ejemplos son variados, así, valga como muestra la Resolución del Comité Federal celebrado en junio de 1995. En aquella sesión, donde se analizaban las elecciones de aquel año, la Resolución disponía que «también debemos reconocer que las diferencias surgidas dentro del Partido y trasladadas a la opinión pública han llevado a muchos ciudadanos al sentimiento de que los socialistas estamos más preocupados por nuestras cuestiones internas que por las necesidades reales de nuestros electores. Nuestra cohesión interna es condición necesaria para recuperar la confianza de quienes se han alejado de nosotros»³⁹.

MATEOS LÓPEZ, A., «Una transición dentro de la transición. Auge, unidad y conversión de los socialistas», en TUSELL, J. y SOTO, A. (Eds.), *Historia de la Transición, 1975-1986*, Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 216-235.

³⁷ Para la evolución ideológica de PSOE y PCE véase ANDRADE BLANCO, J. A., *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Siglo XXI, Madrid, 2012.

³⁸ Véase al respecto MATEOS LÓPEZ, A., «Una transición dentro de la transición...», *op. cit.*, p. 225.

³⁹ Resolución del Comité Federal Extraordinario, Madrid, 3 de junio de 1995, p. 3, AFPI, ACEF Caja 306-C, 7, Carpeta 7.

Esta percepción, que llega hasta la actualidad, forma parte del discurso mayoritario y la comparten significados cuadros⁴⁰. Sin embargo, la experiencia histórica del periodo estudiado tampoco ofrece datos contundentes al respecto, porque el descenso electoral durante el primer quinquenio de los noventa y la postrera derrota de Felipe González en 1996, no pueden achacarse única ni principalmente a la imagen de división interna del partido, sino que cuestiones como la corrupción o la pérdida de apoyos en su base electoral influyeron tanto o más en estos resultados que las luchas intestinas. De acuerdo con esto, y según una encuesta del CIS de 1994, en pleno apogeo de la crisis en la cúpula del partido, donde se preguntaba a los ciudadanos por los problemas internos del PSOE, el resultado no puede ser más demoledor⁴¹. La pregunta 19a) del Barómetro del CIS de abril de 1994, «Solo para quienes valoran la situación política de España como regular, mala o muy mala. ¿Y, principalmente por qué opina Vd. así?», arrojó los siguientes datos: por los problemas económicos (36,5%); por la corrupción (23,6%); porque el gobierno no está haciendo nada (11,9%); por los atentados terroristas (3,2%); por las huelgas y conflictos laborales (3,2%), porque no se nota el impulso democrático (2,2%); porque el gobierno depende demasiado de los nacionalistas (0,8%); y por los problemas internos del PSOE (0,8%). Es decir, la descarnada lucha política en la cima del partido apenas despertaba interés en una opinión pública que la relegaba al último motivo para explicar los problemas que acuciaban a la sociedad española. En un momento en el que se había celebrado el XXXIII Congreso del PSOE, y preguntados los ciudadanos en el mismo Barómetro del CIS anteriormente mencionado, un 59,6% de los entrevistados consideraban que el Congreso había servido poco o nada para reforzar la unidad y cohesión interna del PSOE.

No obstante, durante la época de Felipe González el cierre de filas en torno a la política del gobierno se presentaba como la respuesta táctica ante una imagen de división que aprovecharían los adversarios políticos para desgastar electoralmente al partido. La dirección del PSOE pondría como ejemplos del nocivo efecto del faccionalismo, tanto el caso de la UCD, como del PCE en los años de la transición. Sin embargo, un examen atento de ambas experiencias históricas, tampoco muestra resultados concluyentes. En el caso de la UCD una encuesta postelectoral tras la debacle de octubre de 1982, donde pasó de 168 escaños a 12 y desapareció como organización, aporta

⁴⁰ José Borrell dijo en 2017 que «en el PSOE las peleas internas siempre han tenido un alto coste electoral», véase BORRELL, J., *Los idus de octubre. Reflexiones sobre la crisis de la socialdemocracia y el futuro del PSOE*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017, p. 105.

⁴¹ Estudio CIS nº 2.087 Barómetro abril 1994, p. 11.

información de interés. Entre las razones que adujeron los antiguos votantes de UCD para votar al PSOE, las «peleas internas en UCD» eran esgrimidas en un 13% de los casos, muy lejos del 25% que cambiaron el sentido de su voto por el «deterioro económico». En el caso de los que votaron a Alianza Popular, las «peleas internas en UCD» ocupaban el tercer lugar con un 14%, aunque en este caso empatadas con el «deterioro económico» (14%) y tres puntos porcentuales por debajo de la razón «Gobierno sin autoridad» (17%)⁴².

En cuanto al PCE, sus malos resultados electorales databan de los inicios de la transición, y entre las tensiones que lo atenazaron al principio de la década de los ochenta, se hallaba la lucha por la democratización interna del partido. Desde el denominado sector renovador se perseguía acabar con el centralismo democrático y que se reconociera la existencia de corrientes de opinión. Una batalla que, como señalan Molinero e Ysàs, se caracterizó por la intransigencia de Santiago Carrillo: «[Tras el X Congreso del PCE, Carrillo] estaba decidido a restablecer lo que consideraba imprescindible disciplina en el partido, y que a su entender se había roto en los meses anteriores. Pero la actitud manifestada iba mucho más allá de una aplicación rígida del centralismo democrático, se iba a primar la fidelidad y la obediencia frente a la capacidad y el espíritu crítico y se iba a recurrir a medidas disciplinarias para resolver problemas políticos». Y entre las razones de la desastrosa situación del partido hacia mediados de 1982, según Nicolás Sartorius, se hallaban «varias escisiones graves, dos derrotas electorales, pérdida de afiliación, pérdida de influencia social en general». Precisamente, como apuntan Molinero e Ysàs, «no fue el hundimiento electoral la causa del colapso del PCE, sino que su crisis interna fue la que le llevó al derrumbe electoral»⁴³. Una falta de democracia interna también percibida por la ciudadanía. Así, en el Barómetro del CIS de abril 1981, preguntados los ciudadanos por qué partido consideraban más democrático, el resultado era el siguiente: AP (3); PSOE (20); UCD (10); PCE (3); PNV (1); No sabe (47)⁴⁴. Por tanto, y en todo caso, la falta de pluralismo contribuyó a hundir electoralmente al PCE.

Sobre la experiencia comunista, y su proceso de autodestrucción, inducido en gran medida por la rigidez de su modelo organizativo, tomó buena nota la dirección del PSOE, que mostró cierta flexibilidad con la disidencia articu-

⁴² Véase HUNEEUS, C., *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, CIS, Madrid, 1985, pp. 408-410.

⁴³ Para la crisis del PCE hemos seguido la prolija exposición de MOLINERO, C. e YSÀS, P., *De la hegemonía a la autodestrucción. El partido Comunista de España (1956-1982)*, Crítica, Barcelona, 2017, pp. 343-397; las citas textuales en pp. 382, 393 y 397.

⁴⁴ Estudio CIS nº 1.279, Barómetro abril 1981.

lada en torno a IS, canalizando normativamente la discrepancia, sobre todo a partir de la Conferencia de Organización y Estatutos de 1983. Una estrategia con la que lograron un doble efecto: por un lado, desactivaron amenazas de disgregación; por otro, mostraron a la opinión pública una imagen interna donde tenía cabida la disidencia. Sobre esto último es muy significativo el dato de una encuesta del CIS de 1988, a propósito del XXXI Congreso del PSOE y donde IS había situado varios representantes en el Comité Federal. Ante la pregunta «¿Cree Vd. que la presencia de Izquierda Socialista en sus órganos de dirección es para el PSOE muy bueno, bueno, malo o muy malo?», la respuesta era la siguiente: Muy bueno, 4%; Bueno, 29%; Ni bueno, ni malo, 16%; Malo, 6%; Muy malo, 1%; y No sabe, 44%⁴⁵. Es decir, salvo el gran número de personas que no se pronuncian, prácticamente uno de cada tres entrevistados consideraban positiva esa imagen de pluralidad que ofrecía la presencia de IS en el Comité Federal del PSOE.

En este estudio tratamos de desentrañar, partiendo del XXVII Congreso y dentro de ese contexto cambiante, las raíces, organización y primera trayectoria de la izquierda del PSOE hasta su reconocimiento como corriente de opinión, que tiene lugar en la mencionada Conferencia de Organización y Estatutos de 1983. Una investigación que se abstrae del marco normativo, donde apenas hubo cambios. Desde un punto de vista normativo⁴⁶ la regulación que el PSOE ha dado a las corrientes de opinión durante el periodo estudiado, se ha mantenido básicamente estable y prácticamente invariable. Desde el XXVII Congreso (1976), donde se respetaba la libertad de expresión pero se prohibían las tendencias organizadas, hasta el XXXII Congreso (1990), donde también se reconocía la libertad de expresión y se prohibían las tendencias⁴⁷, los cambios se hallaron en la lucha de IS para su reconocimiento como corriente y la celebración de la Conferencia de Organización y Estatutos, que garantizaba su existencia. Sin embargo, durante todo el periodo

⁴⁵ Estudio CIS nº 1.728, XXXI Congreso del PSOE, pregunta 17, p. 8.

⁴⁶ Una aproximación jurídica a la democracia interna de los partidos en NAVARRO MÉNDEZ, J. I., *Partidos políticos y democracia interna*, CEPC, Madrid, 1999.

⁴⁷ Los Estatutos Federales aprobados en el XXXII Congreso Federal, 1990, artículo 3.2 establecían que: «La organización del partido se inspira en los siguientes principios: [...] 2. El respeto a la libertad de conciencia y a la libertad de expresión en el seno del Partido de cada uno de los militantes. Se garantiza la total libertad de discusión interna, tanto a cada afiliado individualmente como a través de las diferentes corrientes de opinión, formadas por el conjunto de afiliados que mantengan los mismos criterios y opiniones, que podrán expresarse a través de los distintos ámbitos de la Organización y por los cauces establecidos en estos Estatutos. No se permitirá la formación de tendencias organizadas», en Resoluciones del XXXII Congreso del PSOE, AFPI, FC997.

estudiado, nos encontraremos con una normativa sumamente imprecisa que no diferenciará entre corriente y tendencia, dejando en manos de los órganos directivos y el Comité de Conflictos la facultad de interpretar en cada caso la norma y, en consecuencia, un poderoso mecanismo de disuasión.

Analizaremos, una vez constituida IS, corriente heredera de las luchas político-ideológicas de la segunda mitad de los años setenta, su trayectoria insertada en el más amplio contexto del partido en el gobierno, cuya principal característica organizativa será la inexistencia de otras corrientes de alcance nacional, a pesar de que los Estatutos respaldaban su creación y actividad. El análisis de la trayectoria de IS, aunque tiene carácter lineal, no se centra solamente en los congresos del partido, momentos álgidos de su funcionamiento interno, sino que también estudia lo que hemos denominado líneas de fractura dentro de la organización, momentos político-ideológicos muy reconocibles, que pusieron a prueba la elasticidad política e ideológica del partido.

En primer lugar se investiga el contexto político y organizativo en el que se incuba IS, es decir, el cambiante y acelerado periodo de la transición a la democracia, que tendrá un momento culminante a efectos de ruptura interna. Ciertamente, la primera línea de fractura, que es la germinal, es el debate ideológico sobre el marxismo, hito que marcó los orígenes de la corriente.

Una segunda línea de fractura con la corriente izquierdista ya operativa en el PSOE, se dio en torno a la OTAN y la actitud del partido durante el referéndum para permanecer o abandonar la Alianza Atlántica. Un episodio que tuvo lugar en los años centrales de la década de los ochenta y que, como veremos, fue crucial para el futuro de IS porque le ocasionó un grave quebranto. En este apartado estudiaremos el impacto que tuvo en la organización la esquizoide política que implementó el partido entre 1976 y 1986, que descansó en su primera época en una clara actitud anti-OTAN, trufada de antiamericanismo, y que viró repentinamente hacia posiciones proatlantistas una vez llegó al poder en octubre de 1982. Nos detendremos en el grave conflicto interno que este inesperado golpe de timón generó en la militancia y en las consecuencias que provocó a corto y medio plazo en el partido, la convocatoria del referéndum para decidir la permanencia o la salida de la OTAN, considerado retrospectivamente por el entonces Secretario General del PSOE y Presidente del Gobierno, como un grave error⁴⁸.

⁴⁸ Véase GONZÁLEZ, F. y CEBRIÁN, J. L., *El futuro no es lo que era. Una conversación*, Aguilar, Madrid, 2001, p. 136. Y para Calvo Sotelo, el presidente de gobierno que decidió el ingreso en la Alianza, este fue una de las encrucijadas principales del posfranquismo, véase CALVO SOTELO, L., *Memoria viva de la transición*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990, p. 123.

Una tercera línea de fractura, en fin, supone el distanciamiento y posterior ruptura entre el partido y la UGT, desencuentro escenificado en la huelga general del catorce de diciembre de 1988, aunque con un trasfondo político-ideológico que afectaba al nervio ideológico de la formación, dado que suponía la reconfiguración de un proyecto político que databa de los tiempos del fundador, cien años atrás. Finalmente, la última legislatura de Felipe González, aquella que gobernó en minoría cuando una coalición dominante desunida decidió pactar con la derecha nacionalista, antes que explorar una vía de gobierno con la izquierda, y el partido se encontraba acosado por gravísimos problemas de corrupción, sería la cuarta línea de fractura, y que anunció su declive político-electoral y el fin de un ciclo.

En este recorrido detectamos las corrientes que se organizaron en el partido, una tarea ciertamente ardua porque la existencia de corrientes informales, ajenas a los estatutos del partido, hace muy difícil elaborar un inventario de las mismas entre 1980, fecha de constitución de IS, y 1997. Los grupos asimilados a corrientes que hemos conseguido identificar están detallados en el Cuadro 2, diferenciando entre corrientes formales, es decir, amparadas en los estatutos, e informales, grupos que funcionaban como corrientes, pero que no se reconocían como tales. Asimismo, hemos tratado de calibrar su estabilidad y perdurabilidad. De la misma manera, entre los orígenes de IS, noviembre de 1980, y la celebración de la Conferencia de Organización y Estatutos en marzo de 1983, se asistió a operaciones para crear corrientes que quedaron en conatos, como la temprana iniciativa que lideró Luis Solana para construir un sector socialdemócrata, dada a conocer a través de la prensa en agosto de 1982⁴⁹. Una propuesta cuyo origen se encontraba en la maniobra del grupo de orientación socialdemócrata procedente de UCD y liderado por Fernández Ordóñez, que acabó solicitando su ingreso en el PSOE. Efectivamente, Fernández Ordóñez y un ramillete de cualificados dirigentes de UCD se habían marchado del partido en noviembre de 1981 y en enero de 1982 constituyeron el Partido de la Acción Democrática (PAD) que, si bien su primera intención era ejercer de bisagra entre la UCD y el PSOE, pronto se acercó a este último, donde acabó integrándose en febrero de 1983⁵⁰. Ante el acercamiento de este grupo, que amenazaba el creciente espacio socialdemócrata del PSOE, Luis Solana y los dirigentes que lo respaldaban, dieron a conocer la iniciativa. Al parecer, se estaban elaborando los documentos ideo-

⁴⁹ Véanse «Los socialdemócratas del PSOE crean una corriente», *El Periódico*, 25/VIII/1982 y para el desistimiento de crear la corriente en «El PSOE estará obligado a organizar su crecimiento», *El Periódico*, 8/V/1983.

⁵⁰ Véase HUNEEUS, C., *La Unión de...*, *op. cit.*, pp. 378-379.

lógicos de la corriente, Solana proponía que el líder natural de la misma fuese el propio Felipe González, y coincidían con IS en la necesidad de corregir el sistema de elección de los puestos directivos del partido. Esta iniciativa, sin embargo, fue desechada sin que conozcamos las razones, aunque probablemente estén relacionadas con las rígidas posiciones del naciente guerrismo respecto a la existencia de corrientes dentro del partido.

Cuadro 2. Corrientes de opinión en el PSOE (1980-1997)

Denominación	Naturaleza	Año constitución	Año disolución	Estabilidad/perdurabilidad
Izquierda Socialista	Formal	1980	---	Alta
Reflexiones Socialistas	Informal	1980	¿?	Baja
Corriente Socialista	Informal	1983/1985	¿?	Baja
Grupo de Reflexión	Informal	1987	¿?	Baja
Democracia Socialista	Informal	1989	1990	Baja
Guerrismo	Informal	1980/1991	¿2000?	Media
Renovadores	Informal	1991	¿2000?	Media
Unidad de la Izquierda	Formal	1991	1992	Baja
Economistas racionalistas	Informal	1991	¿?	Baja
Demócratas Radicales	Informal	1991	¿?	Baja

Elaboración propia.

De la lectura del Cuadro 2 destacan dos detalles, uno primero, el carácter informal de la inmensa mayoría de corrientes que se manifestaron en el PSOE aquellos años, es decir, se trataba de un partido sin corrientes formales, a pesar de que los afiliados estaban en su derecho a constituirlos. El segundo detalle alude a la dificultad para establecer la fecha de disolución de unas corrientes cuyo elemento definitorio era precisamente la falta de definición organizativa, su existencia un tanto fantasmal. Por otra parte, la única corriente formal cuya trayectoria atraviesa todo el periodo es IS.

El análisis del Cuadro 2 también nos ofrece una variada casuística en cuanto a naturaleza y trayectorias. Por ejemplo, Democracia Socialista fue

una corriente que, como veremos, no llegó a legalizarse según los Estatutos del partido porque su promotor, García Damborenea, fue expulsado del partido en 1990 y la propia iniciativa, ilegalizada por la Comisión de Conflictos, por lo que el resto de promotores decidieron, pocas semanas después, no seguir adelante con el proyecto. Por tanto, se trató de una corriente informal porque no tuvo ocasión de ser legalizada. Otra modalidad de corriente lo representó el Grupo de Reflexión, que aglutinaba en la segunda mitad de la década de los ochenta a un grupo de antiguos altos cargos del Gobierno. Este grupo, que no contaba con ninguna estructura y era más un síntoma de malestar que una corriente, se configuraba como una suerte de club de opinión cuyo antecedente estaba en otros colectivos de la transición como Reflexiones Socialistas, también radicado en Madrid y liderado por Manuel Turrión. Una corriente también contemplada en el Cuadro 2, y que funcionó activamente durante 1979, antes del XXVIII Congreso, pero que se constituyó, al parecer, en 1980. Por otra parte, corrientes informales como las denominadas Economistas racionalistas o Demócratas radicales apenas tuvieron presencia e influencia, más allá de la coyuntura que abrió la crisis en la cúpula del PSOE tras las marcha del Alfonso Guerra del gobierno en 1991, como veremos más adelante.

Sin embargo, quizá la entrada en el PSOE del grupo que encabezaba Santiago Carrillo explique la relación que mantuvo la dirección del partido de aquel periodo con la existencia de corrientes en su seno. Tras su marcha del PCE, Santiago Carrillo fundó el Partido de los Trabajadores de España (PTE), organización dotada de cuadros preparados pero sin respaldo socio-electoral que, tras una negociación realizada en febrero de 1991, acabó integrándose en el PSOE en octubre de aquel mismo año. El propósito del grupo de Carrillo no era «ocupar una parcela de poder, sino aportar ideas y trabajo para el fortalecimiento de la izquierda»⁵¹ e integrarse, mediante un convenio suscrito entre Carrillo y el PSOE, como corriente de opinión, que se denominaría «Unidad de la Izquierda, si bien en el plazo de un año dejarán de ser corriente para ser militantes ordinarios»⁵². En efecto, la segunda cláusula del Convenio, firmado el quince de febrero por Santiago Carrillo y José María Benegas, Secretario de Organización socialista, establecía que «sin perjuicio de los trámites habituales de afiliación al PSOE y con el objeto de facilitar la inte-

⁵¹ «El PTE de Andalucía decide integrarse en el PSOE como corriente de opinión», *ABC*, 21/X/1991.

⁵² «Benegas dará hoy la bienvenida al PSOE a los ex comunistas de Carrillo», *El País*, 26/X/1991.

gración, aquellos nuevos militantes que lo deseen podrán formar dentro del PSOE una corriente temporal que se denominará Unidad de la Izquierda»⁵³.

Todo parece indicar que la constitución como corriente de opinión en un primer momento era una suerte de periodo de «descompresión» de militantes ex comunistas muy ideologizados, que pasaban a formar parte de un partido que quedaba a su derecha ideológicamente. Sin embargo, no se explica la oposición de la dirección del PSOE a que se constituyesen como corriente⁵⁴, cuando sus Estatutos reconocían tal posibilidad. Y según cuenta Carrillo, el aterrizaje de los miembros de su partido fue complicado porque llegaban a unas agrupaciones socialistas que no se caracterizaban por la intensidad del debate ideológico en su rutina cotidiana⁵⁵. Resulta muy llamativa la oposición por parte de la dirección a que el contingente de Carrillo, cifrado en unos ocho mil cuadros formados⁵⁶, se integrase como corriente cuando hacía algún tiempo que, más allá de IS, se legitimaba abiertamente la existencia de corrientes, aunque fuesen de carácter informal⁵⁷.

Justamente, el ejemplo paradigmático del difícil encaje organizativo de las corrientes en el PSOE, quizá sea el grupo liderado por Alfonso Guerra, denominado guerrismo. Esta corriente, ha sido considerada una facción de hecho, que no presentaba diferencias ideológicas fundamentales con otros grupos y perseguía fundamentalmente el poder, enmascarando esa lucha con planteamientos ideológicos y mostrando, en ocasiones, prácticas sectarias⁵⁸.

⁵³ Unas breves notas sobre la experiencia del PTE y el contenido íntegro del Convenio de integración en el PSOE en CARRILLO, S., *La memoria en retazos. Recuerdos de nuestra historia más reciente*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003, pp. 95-112. Un breve análisis de aquel episodio en GÁLVEZ BIESCA, S., «La “construcción” de Santiago Carrillo (1983-2012)»: en HERNÁNDEZ, F. (Ed.), *La(s) vida(s) de Santiago Carrillo*, Historia del Presente, número 24, 2014, pp. 81-82.

⁵⁴ En el *ABC* de 27/X/1991 se indicaba que «Para que el cambio no sea tan traumático, Carrillo logró [...] en sus contactos con [José María] Benegas [Secretario de Organización del PSOE], convencer a éste para que los miembros del PTE se pudieran incorporar como corriente de opinión».

⁵⁵ CARRILLO, S., *La memoria en retazos...*, *op. cit.*, p. 111.

⁵⁶ La cifra, probablemente inflada, en *La Vanguardia*, 13/II/1991.

⁵⁷ Véanse al respecto ESCUDERO, M. «La pluralidad de sensibilidades en el PSOE», en: *Sistema*, nº 102, 1991 y los artículos de *El País* de fechas 24/V/1991, que se hace eco de la publicación de este artículo, y de 14/X/1991.

⁵⁸ Tània Verge considera al guerrismo facción «de hecho», igual que la corriente renovadora [liderada por Felipe González], en VERGÉ, T., «Representación política y modelos de partido en España: los casos de IU, PSOE y PP», en MONTERO, J. R. *et al.* (Eds.), *Partidos políticos*, *op. cit.*, p. 233; y las notas sobre el perfil pragmático y escasamente ideologizado lo mantiene Gillespie, citado en PANIAGUA, J. L. y RAMIRO, L. J., *Voz, conflicto...*, *op. cit.*, p. 35, nota al pie número 15; la práctica inexistencia de diferencias entre guerristas y renovadores en YSÀS, P., «Cambio y continuidades: tres lustros de gobiernos socialistas», en

Y aún cuando el guerrismo se postulaba como sector izquierdista del partido, sorprende que algún destacado miembro de esta corriente haya llegado a afirmar «soy guerrista pero siempre me he considerado del ala derecha del PSOE»⁵⁹. En este sentido, la definición que ofrece Almunia sobre el guerrismo, muestra sus paradojas:

«Los guerristas pretendieron ser ante todo un grupo de presión, y no tanto una corriente organizada para expresar sus diferencias respecto a la política del Gobierno. Prueba de ello es que los mismos que criticaban las orientaciones de la política económica de Boyer o Solchaga, eran los primeros que se movilizaban para defender al Gobierno en el 14-D. Fueron los más escépticos con el cambio de posición en relación con la OTAN, pero trabajaron como nadie para ganar el referéndum. Animaban las reflexiones del Programa 2000 y algunos debates de filosofía política, y al mismo tiempo salían al paso de cualquier posición que no se plegase a la “ortodoxia” previamente definida por “el aparato” de Ferraz. No parece por lo tanto posible simplificar el análisis, diciendo que Guerra y sus seguidores eran quienes formaban la izquierda del partido»⁶⁰.

El guerrismo se articuló como grupo de poder, fundamentado en la lealtad a una persona y dotado de una serie de constantes ideológicas que entraban en contradicción con la política que desplegaba un gobierno socialista en el que quien daba nombre a la corriente fue su vicepresidente hasta enero de 1991. Y poseía unas constantes organizativas que nos definió Alejandro Cercas, destacado guerrista hasta entrada la década de los noventa: «Nosotros éramos muy centralistas, muy jacobinos, Alfonso Guerra, [era] muy jacobino, todos nosotros [lo éramos]. Nosotros estamos en contra de dos cosas, de las tendencias y de la fragmentación, nosotros creemos en un partido federado, no en una federación de partidos»⁶¹. Esta poderosa corriente informal atravesaría diferentes momentos. En una primera época, que abarca toda la década de los ochenta, su presencia fue latente dentro del partido; un segundo momento, tras abandonar Alfonso Guerra el gobierno en enero de 1991, la

Ysàs, P. (Ed.), *La época socialista: política y sociedad (1982-1996)*, en: *Ayer*, 84, 2011 (4), pp. 43-44; por último, el apunte sobre prácticas sectarias del guerrismo en SOTO, A., *Tran-sición y cambio en España, 1975-1996*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 203.

⁵⁹ Declaración de Francisco Fernández Marugán al Diario *ABC* de fecha 17/VIII/1999, recogido en LÓPEZ ALBA, G., *El relevo. Crónica viva del cambio hacia el II Suresnes del PSOE, 1996-2000*, Taurus, Madrid, 2002, nota al pie número 13 del capítulo V de libro, p. 472.

⁶⁰ ALMUNIA, J., *Memorias políticas*, Aguilar, Madrid, 2001, p. 312.

⁶¹ Testimonio de Alejandro Cercas, Cáceres, 15/X/2015.

corriente se reafirmó como grupo que disputaba los principales resortes orgánicos a otros sectores; y un tercer momento de declive que podríamos datar hacia 1994, cuando perdió el pulso por la dirección del partido frente a los renovadores, durante el XXXIII congreso del PSOE.

Por otra parte, y volviendo al Cuadro 2, el resto de corrientes informales se caracterizaron por una trayectoria efímera, dato que por sí mismo es muy revelador de la singular cultura organizativa del PSOE durante el periodo estudiado. Y es muy sintomático que cuando se comenzó a hacer pública la existencia de corrientes dentro del partido y a considerar su existencia como algo saludable para la organización, esto sucediese cuando la unidad de la coalición dominante se agrietó. Sería en 1991, cuando Alfonso Guerra abandonase la vicepresidencia del gobierno, momento en que se abrió paso un discurso que reivindicaba la existencia de diferentes sensibilidades como reflejo del pluralismo dentro del PSOE, plasmado en un artículo de la revista *Sistema*⁶², un discurso que había estado prácticamente ausente en los debates del partido toda la década anterior. En ese momento, el ex vicepresidente del gobierno, alejado de las instituciones, necesitaba dotarse de canales adecuados para proyectar su influencia tanto dentro del partido, como hacia fuera del mismo. Fue a partir de entonces cuando se teorizó sobre la existencia de corrientes, mencionándose en el citado artículo de *Sistema*, diversos grupos como renovadores, guerristas, economistas racionalistas y demócratas radicales.

Mención aparte merece un fenómeno muy singular dentro de la vida interna del partido, que es la denominada Corriente Socialista, aunque sólo sea por los dos rasgos que la definen: uno, su presencia en diferentes lugares del país; y dos, su difusa naturaleza y trayectoria. Estos grupos surgieron al calor del nuevo marco normativo aprobado en la Conferencia de Organización y Estatutos de 1983, que reglamentaba y daba carta de naturaleza a la existencia de corrientes. En el Cuadro 3 recogemos todas las manifestaciones de esta corriente que hemos detectado a través de diversas fuentes.

El sintagma Corriente Socialista es lo suficientemente genérico y ambiguo para cobijar a colectivos cuyos perfiles ideológicos eran prácticamente indistinguibles de los que defendía la dirección del partido y se articulaban como grupos que perseguían el poder dentro de sus propias esferas de actuación, no tanto anclados a referentes ideológicos, como integrados por militantes y dirigentes con trayectorias de lucha frente a la dictadura y/o en la tran-

⁶² Véase al respecto ESCUDERO, M., «La pluralidad de sensibilidades en el PSOE», en: *Sistema*, nº 102, 1991.

sición y que podían aportar su experiencia a un partido en plena expansión electoral e institucional. El fenómeno se manifestó en fechas que oscilan entre finales de 1983 y principios de 1985, probablemente influido por la preparación del primer congreso del partido en el Gobierno, que tendría lugar en 1984 y, como hemos señalado, al amparo de la Conferencia de Organización y Estatutos. Una cuestión sobre la que alertaba IS a mediados de los ochenta, que en un documento político de reflexión, hacía el siguiente análisis: «El P.S.O.E., en su proceso de perfeccionabilidad de su organización democrática y participativa debe profundizar en la institucionalización normativa de sus corrientes de opinión, cubriendo lagunas estatutarias que han servido para la ficticia creación deseudocorrientes en el seno de la mayoría»⁶³.

Cuadro 3. Corriente Socialista

Federación/Provincia	Dirigente visible	Fecha constitución
Aragón	¿?	¿1984?
Cáceres	Victorino Mayoral	¿1983?
Castilla y León	Ciriaco de Vicente	¿1985?
Galicia	Isidoro Gracia	¿1984?
Comunidad Valenciana	Manuel del Hierro	Octubre 1983

Fuentes: *ABC, El País, La Vanguardia, Hoja del Lunes, Hoy*; AFPI-ACEF. Elaboración propia.

Alejandro Cercas nos decía a propósito de estas estructuras, que «las plataformas de Corriente Socialista eran muy locales, carecían de un programa o reconocimiento federal, era una especie de franquicia usada por minorías territoriales, enfrentadas a los aparatos mayoritarios de sus localidades, que se sentían de izquierdas, más próximos a Guerra que a IS, y que se lamentaban del poco apoyo que se ofrecía desde Ferraz a sus causas. Lo cual era rigurosamente cierto por el escaso aprecio que teníamos a las corrientes y por los problemas que nos hubiera planteado apoyar abiertamente a los que en esos sitios eran minorías muy reducidas»⁶⁴.

En las antípodas de las diversas manifestaciones de la marca Corriente Socialista, la naturaleza de IS: «La corriente de Izquierda Socialista sale a la

⁶³ Documento de Izquierda Socialista fechado en Madrid el día 25/V/1985, AFPI, ACEF-Caja 501-H-1, Carpeta 4.

⁶⁴ Alejandro Cercas, correo electrónico de fecha 5/XI/2015.

opinión pública, no a través de nombres y personalidades, sino a través de un Manifiesto con 21 tesis, donde se recogen nuestras alternativas y que sirven de base para iniciar la discusión sobre los problemas políticos de la sociedad [...]. Este es un hecho que nos diferencia cualitativamente, ya que las otras llamadas “corrientes” no se han caracterizado [por] definir sus opciones por escrito y mucho menos ante la opinión pública». Un factor diferenciador en el que insistían en un documento posterior donde afirmaban que «como tal corriente de opinión, nos constituimos alrededor de un Manifiesto, en el que recogíamos nuestros planteamientos políticos, pues entendíamos que ello ayudaría a romper el reagrupamiento dentro del Partido por intereses ajenos a los meramente políticos y para cubrir el vacío de una auténtica corriente marxista»⁶⁵.

Aparte de grupos con vocación amplia, existían en las diversas federaciones innumerables corrientes que luchaban por el poder dentro de ámbitos más estrechos. Entre estos grupos podemos citar, a modo de ejemplo, la denominada Nueva Mayoría, corriente constituida en abril de 1984 en Cantabria por veintiún militantes, cuyos objetivos eran tan vagos como «formar mayoría en el partido y establecer conexiones con el sindicato UGT, así como mantener relaciones normales e institucionalizadas entre los ayuntamientos y el partido»⁶⁶. O la situación que atravesaba el partido en Murcia a mediados de los ochenta donde, según un Informe de la Secretaría de Organización para el XXX Congreso del Partido, «la Federación está llena de grupúsculos, capillas, peñas, etc.»⁶⁷.

Independientemente de las corrientes, se generaron otros instrumentos, como el denominado Grupo de las Navas, que se definía como una plataforma de encuentro, «sin más pretensiones»⁶⁸. Este grupo de notables, encabezado por el Ministro de Exteriores, Javier Solana⁶⁹, que se constituyó en la primavera de 1992, originariamente para acercar las posiciones del partido y el

⁶⁵ La naturaleza de IS en «¿Por qué y sobre qué bases se constituye Izquierda Socialista de Cataluña?», 29/X/1981, AISC, Carpeta año 1981 y la mención al agrupamiento en torno a un proyecto ideológico en «Manifiesto sindical de la corriente de opinión Izquierda Socialista de Catalunya», s.f., AISC, Carpeta año 1982.

⁶⁶ *La Vanguardia*, 20-21/IV/1984.

⁶⁷ «Situación orgánica de las Federaciones cara al 30 Congreso. Fecha 25/05/84», AFPI-ACEF, Caja 502-B-1.

⁶⁸ «Guerra admite ante el Grupo de las Navas que la pluralidad no está reconocida en el PSOE», *El País*, 19/IX/1993.

⁶⁹ A los fundadores del Grupo, Eduardo López, Carmen García Bloise, Paulino Barrabés y los hermanos Martínez Cobo, se sumaron, además del citado Solana, destacados miembros como Manuel Chaves, Jerónimo Saavedra, Luis Yáñez, Raimon Obiols, Jesús Quijano, Nicolás Redondo Terreros y Joan Lerma. Una nota sobre los orígenes del Grupo en LUCÍA

sindicato, acabó reivindicando «el voto individual para elegir a los dirigentes del partido», proponiendo una renovación del modelo ideológico y organizativo del PSOE⁷⁰. Los orígenes y la propia naturaleza del Grupo de las Navas simbolizan la rigidez del modelo organizativo construido desde Suresnes, es decir, una vez se fracturó la coalición dominante a principios de la década de los noventa, no existían mecanismo ni cauces internos que recompusiesen una situación que generaba desequilibrios internos de poder y amenazaba con la parálisis orgánica.

Cerramos esta introducción con un dato empírico y la reflexión de dos intelectuales vinculados al PSOE, José Félix Tezanos y José María Maravall. En cuanto al dato empírico, llama la atención la autoubicación en la izquierda del partido de la inmensa mayoría de los delegados asistentes a los congresos de 1981 y 1997⁷¹, quienes, sin embargo, no alimentaron corrientes izquierdistas en la organización. Por su parte, Tezanos y Maravall explicaban⁷² a la altura de 1991, que la dificultad para que cristalizaran corrientes en el interior del partido se debía al fuerte liderazgo de Felipe González. Maravall añadía un obstáculo más: la distribución horizontal del poder priorizaba el reparto de cuotas sobre el debate ideológico. Efectivamente, como viene investigando la Ciencia Política, un liderazgo fuerte dentro de una organización fuerte construye un contexto interno que desalienta la creación de facciones⁷³.

CASTEJÓN, R. y LUCÍA OLMOS, E., *Historia del socialismo español, 6, 1989-2000*, Instituto Monsa ediciones, Barcelona, 2013, p. 67.

⁷⁰ *El País*, 6/IX/1993.

⁷¹ Véase MÉNDEZ LAGO, M. y SANTAMARÍA, J., «La ley de la disparidad ideológica curvilínea de los partidos políticos: el caso del PSOE», en: *Revista Española de Ciencia Política*, número 4, Abril 2001, particularmente pp. 40-42.

⁷² Véase al respecto «Dirigentes del PSOE sitúan a Carlos Solchaga fuera del socialismo democrático», *El País*, 14/X/1991.

⁷³ PRIDHAM, G., «Sistemas de partidos, faccionalismo y modelos de democratización: análisis comparado del sur de Europa», en: LÓPEZ NIETO, L. *et al.*, *Política faccional...*, *op. cit.*, p. 36.

CAPÍTULO I

LA IZQUIERDA DEL PSOE EN LA TRANSICIÓN. LAS RAÍCES DE IZQUIERDA SOCIALISTA (1976-1979)

1. EL PSOE DE SURESNES: DISCURSO IZQUIERDISTA Y TRANSFORMACIONES ORGANIZATIVAS (1976-1978)

1.1. *Antecedente: unas notas*

A principios de los años setenta del pasado siglo, el socialismo español presentaba un panorama sumamente fragmentario, y la escisión dentro del PSOE entre históricos y renovadores, acaecida en 1972, no hizo sino acentuar aún más esa división dentro de la misma familia ideológica. A las dos opciones surgidas de la fractura del PSOE, se sumaba el Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván y una miríada de pequeños partidos nacionalistas y regionalistas de corte socialista en diferentes zonas del país. Este panorama se aclaró cuando la Internacional Socialista decidió reconocer como heredero y legatario de las siglas del PSOE al grupo renovador, liderado por Felipe González. Reconocimiento que implicó el fortalecimiento del partido a ojos de los actores internacionales, así como respaldo moral y financiero¹.

El congreso celebrado en Suresnes, pequeña localidad cercana a París, entre los días 11 y 13 de octubre de 1974, significó la llegada a la cúpula del PSOE de un grupo de militantes, encabezados por Felipe González, que renovarían política e ideológicamente una organización anquilosada, tras más de tres décadas en el exilio, enfrentada a la dictadura franquista. Suresnes culminaba una lucha de carácter político y estratégico, no tanto ideológica², por liderar una organización de larga trayectoria y, por ello, dotada de un precia-

¹ ORTUÑO ANAYA, P., *Los socialistas europeos y la transición española*, Marcial Pons, Madrid, 2005, pp. 64-65.

² MATEOS LÓPEZ, A., *Las izquierdas españolas desde la guerra civil hasta 1982. Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, UNED, Madrid, 1997, p. 120.

dísimo capital político y simbólico. Esta nueva dirección, cohesionada en torno al tándem configurado por el mencionado Felipe González y Alfonso Guerra, integraba, por expreso deseo de Nicolás Redondo, líder del socialismo vasco, a Enrique Múgica y Pablo Castellano. Dos dirigentes, el primero procedente del comunismo y el segundo prestigiado en las negociaciones con la Internacional Socialista, que discrepaban del núcleo duro de la dirección. Unas diferencias que escondían un importante componente ideológico, como ha manifestado Múgica: «los análisis de los compañeros de Sevilla eran demasiado radicales; hay que tener en cuenta que la referencia ideológica más sentida dentro de los compañeros sevillanos era Rosa Luxemburgo». En el caso de Pablo Castellano, el desacuerdo ideológico con los andaluces venía de atrás, para quienes se trataba de un socialdemócrata, y así lo habían manifestado a raíz de las declaraciones de este en la revista *Criba* en noviembre de 1972, en la que, a su modo de ver, se mostró condescendiente con el falangismo. A partir de entonces la posición de Castellano en el PSOE «fue siempre bastante precaria»³.

La dirección salida de Suresnes reflejaba la distribución geográfica del partido dentro del país⁴, donde su presencia, aunque limitada, se encontraba profundamente enraizada. Efectivamente, a principios de la década el PSOE se limitaba a algunos enclaves norteños, fundamentalmente Asturias y País Vasco, donde sobresalía la figura del dirigente sindical vizcaíno, Nicolás Redondo; Sevilla y Madrid. En el resto del país, los núcleos socialistas eran de menor entidad y minoritarios. Sin embargo, según Pablo Castellano, el partido en algunos lugares como Madrid, presentaba unos rasgos específicos:

«el partido era todavía un elemento muy vivo, con una democracia muy horizontalizada. Las agrupaciones podían ser pequeñas en cuanto a número de militantes, pero tenían mucha vida y eran cualitativamente importantes porque tenían una profunda vida democrática. Que no se le olvide a nadie que la Agrupación Socialista Madrileña, entonces se llamaba agrupación y

³ El ascendiente de Nicolás Redondo sobre Castellano y Múgica, en JULIÁ, S., *Los socialistas en la... , op. cit.*, p. 422; el testimonio de Múgica en GUERRA, A., *Felipe González. De Suresnes a la Moncloa*, Novatex, Madrid, 1984, p. 78; las declaraciones de Castellano en *Criba*, 26/XI/1972, «El socialismo no puede ser exclusivista», entrevista a Pablo Castellano; y la opinión sobre su precaria posición en el partido en CHAMORRO, E., *Felipe González. Un hombre a la espera*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 107.

⁴ La Ejecutiva elegida en Suresnes la integraban los andaluces Felipe González, Alfonso Guerra, Guillermo Galeote; los vascos Nicolás Redondo, Enrique Múgica, Eduardo López Albizu, José María Benegas, Juan Iglesias Garrigós; los madrileños Pablo Castellano y Francisco Bustelo y el asturiano Agustín González, en MARTÍN NÁJERA, A., *Partido Socialista Obrero Español*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009, p. 44.

no federación como ahora, celebró más asambleas en plena clandestinidad que después»⁵.

Esta percepción sobre el pluralismo interno dentro del PSOE ya lo había puesto de manifiesto Castellano en 1972, cuando en la citada entrevista en *Criba*, preguntado por la trayectoria del partido durante la II República, momento en el que «la estampa socialista aparece desunida en las ramas reformista, centrista y “bolchevizante” —Besteiro, Prieto y Largo Caballero—», opinaba que no «hubo desunión, sino la existencia de tres corrientes, que convivían, al estar dentro de una organización democrática, con ambiciones por hacerse con el poder. Tres tendencias que eran lógicas y que serían perfectamente asumibles hoy, en 1972, cada una en lo que tenía de favorable».

Un pluralismo que alcanzaba en aquella primera época a la cúspide del partido, como subraya Gillespie, quien argumenta que en el curso de las luchas de las postrimerías de la dictadura, «[Felipe] González y sus seguidores alcanzaron un alto grado de democracia interna en el partido que no pudieron abandonar de modo inmediato tras su triunfo en 1974»; quizá en sintonía con esto pueden interpretarse las declaraciones de Alfonso Guerra, que, hacia 1977, consideraba legítima la existencia de corrientes de opinión⁶. Estas declaraciones no fueron obstáculo para que, tras la victoria en Suresnes, desencadenaran una lucha faccional contra los madrileños, representados por Pablo Castellano.

Sin embargo, en aquel periodo, las líneas de fractura dentro de la organización no eran de naturaleza ideológica sino política, y relacionadas con la capacidad de influencia de las diferentes federaciones en la nueva dirección. Como hemos apuntado más arriba, en el grupo dirigente predominaban los sevillanos, respaldados por los vascos, quedando desplazada la federación madrileña. En abril de 1975, Pablo Castellano, aislado por los andaluces, se marcharía de la Ejecutiva, y algo más de un año después la abandonaría Francisco Bustelo, otro representante del socialismo madrileño, también enfrentado a los sevillanos; una decisión poco acertada, según el mismo Bustelo⁷. El

⁵ Pablo Castellano en BURNS MARAÑÓN, T., *Conversaciones sobre...*, *op. cit.*, p. 232.

⁶ GILLESPIE, R., «Faccionalismo, la izquierda y la transición a la democracia en España» en LÓPEZ NIETO, L., GILLESPIE, R. y WALLER, M., *Política faccional y democratización...*, *op. cit.*, pp. 71-72; las declaraciones de Guerra en «Alfonso Guerra, entre la dureza y la ternura», ES, 11/IX/1977. Al parecer, en esta lucha faccional, Alfonso Guerra se había valido de grupos trotskistas para desestabilizar federaciones como Madrid, Álava, Barcelona o Valencia, en GUTIÉRREZ, J. L. y DE MIGUEL, A., *La ambición del César*, Temas de Hoy, Madrid, 1989, p. 126.

⁷ BUSTELO, F., *La izquierda imperfecta. Memorias de un político frustrado*, Planeta, Barcelona, 1996, p. 87.

sector andaluz cultivaba un perfil radical y a la par «era el que más había insistido en la necesidad de contar con una organización capaz de mostrarse hacia el exterior como un bloque coherente y sólido»⁸. Precisamente esas serían las dos principales características del grupo liderado por Felipe González y Alfonso Guerra en aquella primera época: retórica radical y disciplina organizativa. Dos recursos que se pusieron a prueba en un contexto que atravesó profundas transformaciones en dos planos: el público y el interno. En el ámbito público, el PSOE adaptó su discurso a las cambiantes circunstancias políticas de la transición, generando malestar entre determinados sectores de sus bases. En el plano interno, tanto el crecimiento exponencial de la militancia, como el ingreso de diferentes grupos socialistas, distorsionarían el funcionamiento de la organización, originando innumerables conflictos.

1.2. *El XXVII Congreso: radicalismo militante*

En diciembre 1976 el panorama político había cambiado enormemente. La muerte de Franco en noviembre de 1975 activó un incierto proceso de transición a la democracia que, tras la sustitución de Arias Navarro en la presidencia del gobierno a principios de verano, impulsaba Adolfo Suárez. El gobierno de Suárez sacó adelante la Ley para la Reforma Política, sometida a referéndum a mediados de diciembre, cuyo articulado habilitaba jurídicamente la legalización de los partidos políticos y la convocatoria de elecciones libres.

La dirección del PSOE fijó las fechas entre el cinco y ocho de diciembre para celebrar su XXVII Congreso, el primero en territorio español desde la II República. A la altura de diciembre de 1976 el PSOE contaba con 9.141 afiliados de los que algo más de 1400 pertenecían a las agrupaciones de fuera del país, 1.377 a Andalucía «que superaba así en un centenar a los del País Vasco (1.280) y se colocaba para el futuro en la primera posición, por delante también de Valencia (1.239), Asturias (903) y Madrid (837)»⁹; en otras zonas del país el número de efectivos era aún más escaso, así Murcia disponía de 442 militantes, Castilla y León de 314, Canarias de 313, Aragón 182, Castilla La Mancha 163 y territorios como Extremadura, La Rioja, Galicia o Cantabria no alcanzaban el centenar.

⁸ JULIÁ, S., *Los socialista en la...*, *op. cit.*, p. 432.

⁹ *Ibid.*, p. 442; para el desglose geográfico de la militancia véase también nota al final número 18 del capítulo 12 (página 628) de la obra citada.

A pesar del relativamente escaso número de militantes, desde algunos sectores del partido, se estimaba una prioridad que la diversidad existente en su seno pudiera expresarse sin limitaciones. La FSM, presa de debates y posicionamientos ideológicos interminables, consideraba la democracia interna un capital irrenunciable. Por ello no sorprende que entre las propuestas de un grupo de militantes que se postulaba¹⁰ como delegación para asistir al XXVII Congreso, se contemplara una cerrada defensa de la democracia interna en el siguiente tono:

«Renunciamos [...] a cualquier configuración de tendencias organizadas [...]. Sin embargo, la democracia interna, consustancial al PSOE, debe apoyarse, con el fin de evitar un monolitismo estéril, en la coexistencia de diferentes corrientes de pensamiento y acción socialista [...] y proclamamos que uno de los más urgentes trabajos que tenemos planteados todos los militantes es el logro de la plena democracia interna del PSOE. A tal fin, entendemos que se hace preciso:

1. Abrir nuevas vías de rápida *información a los militantes*. Una militancia responsable exige la previa información.

2. Fortalecer el Comité Nacional (Comité Federal) como órgano director del Partido, *ampliando* el número de sus miembros, *dotándolo* de información suficiente y continua e *incrementando* la periodicidad de sus análisis políticos.

3. Intensificar los lazos de los representantes de cada Federación en el Comité Nacional con los militantes y con los órganos directivos de cada Federación siendo *controlada su actuación por la base* [subrayados en el texto].»

En la misma línea, Carlos Zayas, destacado militante del partido, afirmaba¹¹ que «las corrientes, sobre todo en la medida que reflejen opciones tácticas o posiciones ideológicas deberían seguir manifestándose en un partido democrático que siempre respetó a las minorías», proponiendo que podían

¹⁰ Los candidatos a representar a la FSM en el Congreso eran los siguientes: José Acosta, Baltasar Aymerich, Fernando Baeza, Carlota Bustelo, Virgilio Cano, César Cimadevilla, Joaquín García Morillo, José R. López Mesa, Adolfo de Luján, Enrique del Moral, Gregorio Peces Barba, Alonso Puerta, Larry Levene, Manuel de la Rocha, Antonio Sancho, Javier Solana y Ciriaco de Vicente, la relación en documento «Presentación de candidatos para la Delegación de la Federación Provincial de Madrid al Congreso del PSOE», Madrid, octubre de 1976, AFPI, Colección FPI, PSOE, 1976.

¹¹ «Por un gran partido socialista», según consta al final del documento, era una columna escrita a principios de septiembre [de 1976] para el número especial de Tribuna Socialista, órgano de la ASM [Agrupación Socialista Madrileña] dedicado a preparar el XXVII Congreso, que por causas técnicas no se publicó, Colección FPI, PSOE año 197?, AFPI.

estar representadas en el Comité Nacional y en los Comités Provinciales y Regionales. Unos planteamientos que vinculando democracia interna y corrientes de opinión, se pusieron de manifiesto en el congreso para configurar la FSM a principios de 1977, como nos contaba Alonso Puerta:

«entonces llegamos a nuestra reunión constitutiva [de la FSM en 1977] y decidimos hacer el debate ideológico y organizativo un fin de semana y al siguiente votar las ejecutivas, ya con conocimiento de causa de qué ponencias eran las mayoritarias, esto es muy importante para ver cómo funcionaba la democracia interna y como empiezan a vislumbrarse algunas corrientes de opinión aunque luego cambien»¹².

El XXVII Congreso se caracterizó por su radicalismo ideológico. La propuesta política del partido se alimentaba de textos doctrinales como el documento «Apuntes para un Programa de Transición», elaborado por el Centro de Estudios, Documentación e Información Socialistas (CEDIS), fundado por Rafael Escuredo en 1976, integrante del grupo sevillano, quien compartía despacho laboralista con Felipe González y otros abogados en Sevilla. La creación de este Centro, al parecer, facilitó a Escuredo «estrechar la colaboración con el sector más a la izquierda del socialismo francés y con intelectuales del país vecino»¹³. Así, el mencionado documento¹⁴ plasmaba ideas como las siguientes:

«El PSOE, que recoge la más antigua tradición obrera del Estado español, se enfrenta hoy a un debate histórico: el de construir un modelo nuevo, no implantado aún en ningún país, en el que socialismo y libertad no sean conceptos contradictorios, sino coadyuvantes [...]. Esto es, el socialismo autogestionario.

Este desafío histórico configura el papel del Partido, la tarea que ha de cumplir: asumir y orientar el movimiento de masas, sin tratar de manipularlo ni de dominarlo, hacia la meta a la que tienden, cada día con más fuerza, las masas populares: el socialismo, la libertad y la democracia. Esta tarea histórica está tan lejos de la socialdemocracia, mera correctora de los aspectos más brutales del capitalismo, como de la social-dictadura, que impone represivamente a la voluntad popular el capitalismo de Estado».

¹² Testimonio de Alonso Puerta, Madrid, 28/XI/2015.

¹³ Véase una brevísima biografía de Rafael Escuredo recogida en la página web <http://www.transicionandaluza.es/biografias.php?id=2>

¹⁴ Apuntes para un Programa de Transición, Introducción, CEDIS, s.l., s.f., AFFLC Fondo PSOE Carpeta 004055 001.

Sin embargo, este discurso no obedecía tanto a firmes principios ideológicos, como a cálculos estratégicos relacionados con la encarnizada competencia con otros grupos socialistas, los comunistas y la extrema izquierda. De hecho, el apoyo alemán al PSOE a través de la Fundación Friedrich Ebert, dependiente del SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), perseguía el fortalecimiento de los sectores más moderados del partido, representados por el grupo dirigente afín a Felipe González, que valoraban en su estrategia la construcción de una alternativa política autónoma alejada del PCE; un apoyo que también hizo patente el propio SPD durante los primeros meses de 1977¹⁵.

No obstante, la retórica radical no acababa en el PSOE, sino que alcanzaba a todo el conglomerado socialista. Así, la UGT en su propaganda de 1975 se definía como un sindicato «revolucionario, autónomo, unitario y autogestionario», esgrimiendo entre aquel año y 1977 un discurso ideológico «reformista revolucionario como estrategia de transición al socialismo». Por su parte, JJSS era «una corriente revolucionaria incipiente [...] que trató de convertirse en una tendencia»; unas maniobras que se saldaron con expulsiones de militantes en Madrid, Murcia, Sevilla, Navarra y Valencia, e incluso con la disolución de la Federación de Álava¹⁶. Precisamente, destacados miembros de JJSS acabarían participando en la constitución de IS en algunos territorios, como es el caso de Antonio Ruiz y los orígenes de Esquerra Socialista de Catalunya (ESC) en 1981, como veremos más adelante.

En este contexto no resultó llamativo que el partido en su Resolución Política¹⁷ se declarase marxista, de masas y de clase, cuyo horizonte último se cifraba en una sociedad socialista autogestionaria. Este discurso, para algunos autores pareció representar el radicalismo revolucionario «propio de la etapa largocaballerista del partido»; para otros, como Gillespie, fue una estrategia del grupo sevillano: superar por la izquierda a los sectores más radicales

¹⁵ MUÑOZ SÁNCHEZ, A., *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la democracia a la dictadura*, RBA, Barcelona, 2012, véanse pp. 271, 266 y 380; véase también MUÑOZ SÁNCHEZ, A., «La Fundación Friedrich Ebert y el socialismo español en la Transición», en MATEOS LÓPEZ, A. y MUÑOZ SÁNCHEZ, A. (Eds.), *Transición y democracia. Los socialistas en España y Portugal*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2015, pp. 79-96.

¹⁶ Para el discurso de UGT véase MATEOS LÓPEZ, A., *Historia de la UGT. Vol. 5, Contra la dictadura franquista, 1939-1975*, Siglo XXI, Madrid, 2008, pp. 203-204; para la cita y la deriva revolucionaria de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas véase GILLESPIE, R., *Historia del...*, *op. cit.*, pp. 391, 396-406; también GONZÁLEZ QUINTANA, A., MARTÍN NÁJERA, A. y GÓMEZ BRAVO, G., *Juventudes Socialistas. 100 años. Protagonistas del cambio*, Fundación Tomás Meabe, Madrid, 2006, p. 120.

¹⁷ GUERRA, A., *XXVII Congreso. PSOE*, Avance, Barcelona, 1977, pp. 115-117.

presentes en el Congreso¹⁸. Años después algún protagonista de la época ha manifestado que la visión del socialismo que tenían entonces era «un tanto infantil e idílica»¹⁹. Para el observador de la Friedrich Ebert, este radicalismo, entre otras razones, se explicaba por la sobrecarga ideológica de la militancia; por su parte, los observadores norteamericanos²⁰ consideraban que había prevalecido la línea moderada, derrotando a los sectores que habían querido orientar al partido hacia la izquierda. De hecho, consideraban que la retórica radical de Felipe González en el discurso de clausura del Congreso, donde aseguraba que el partido no iba a renunciar a la conquista de una sociedad sin clases, era una concesión a los sectores radicales, para consumo interno, una vez que Willy Brandt y otros dignatarios europeos se habían marchado²¹.

Sin embargo, este discurso fue una herramienta esencial para diferenciarse y competir en igualdad de condiciones con las otras opciones socialistas y con el PCE²². En el mismo cable norteamericano mencionado se hacía una valoración de la ejecutiva elegida en el Congreso que, a su modo de ver, reflejaba el equilibrio existente entre socialdemócratas, representados por Enrique Múgica y Miguel Boyer, los «centristas», encarnados en Felipe González y Luis Yáñez, y los «radicales», Alfonso Guerra y Luis Gómez Llorente. Una lectura de la conformación ideológica del PSOE integrado por dos alas, hacía también la policía: «Se ha puesto de manifiesto la existencia de dos grupos en el seno del Partido: el encabezado por Pablo Castellano y Ciriaco de Vicente, que forman el ala izquierda y propugnan la alianza con el PCE, su legalización y una gran dureza a la hora de negociar con el Gobierno. Y el otro grupo, el de Felipe González, que sigue las indicaciones de los socialistas europeos y es más moderado y partidario de adaptarse al momento actual español»²³.

¹⁸ La cita sobre el caballerismo en DE ESTEBAN, J. y LÓPEZ GUERRA, L., *Los partidos políticos en la España actual*, Editorial Planeta, Barcelona, 1982, p. 120; la apreciación de Gillespie en GILLESPIE, R., *Historia del Partido Socialista...*, op. cit., p. 336.

¹⁹ Véase PAPELL, A., *Conversaciones con Luis Yáñez*, Plaza y Janés, Barcelona, 1991, p. 94.

²⁰ Para el punto de vista alemán, MUÑOZ SÁNCHEZ, A., *El amigo alemán...*, op. cit., p. 274 y para los norteamericanos véase «PSOE Congresswrap-up», https://wikileaks.org/plusd/cables/1976MADRID09341_b.html

²¹ Véanse «Felipe González: “no vamos a renunciar a la conquista de una sociedad sin clases”», *El País*, 9/XII/1976 y «PSOE Congresswrap-up», https://wikileaks.org/plusd/cables/1976MADRID09341_b.html

²² Véase al respecto MATEOS LÓPEZ, A., «La transición del PSOE durante los años setenta», en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, R. (Coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios el proceso democratizador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 285-299.

²³ Citado en SABIO ALCUTÉN, A., «El eje Zaragoza-Toulouse y la reconstrucción del PSOE en Aragón, 1960-1983», texto presentado en Seminario CIHDE abril 2015, inédito, p. 17.

La presencia de diferentes sensibilidades en el partido en los prolegómenos del XXVII Congreso, ya la había reconocido Felipe González en una entrevista publicada en *El Socialista* del cinco de diciembre de 1976:

«Teniendo en cuenta su vocación [del PSOE] de partido de masas, en él caben posiciones distintas, en cuanto a los métodos a seguir para conseguir los objetivos propuestos. Las reglas del juego democrático en su interior deciden en cada momento cuál es la metodología adecuada conjugando las diferentes corrientes de opinión que existen en su seno.

No queremos un partido testimonial, de cuadros elitistas, [...] queremos que convivan en su interior, desde los marxistas no leninistas hasta los socialdemócratas que no se conviertan en meros gerentes de la sociedad capitalista».

Según Antonio Aguado, dirigente de IS en Canarias, ya en 1976 coexistían dos alas no reconocidas en el partido:

«Teníamos configuradas dos tendencias, éramos los socialdemócratas y los socialistas ortodoxos, desde el año 76 que se configuran los Comités Regionales, y de ahí viene en aquel entonces el decantamiento en torno a Felipe González y también Alfonso Guerra, pero fundamentalmente en torno a Felipe González y los que ya llevábamos un tiempo luchado, trabajando en los Comités Regionales con una ideología, una ideología socialista, con unas convicciones claramente de izquierdas, somos los que pasamos a configurar lo que es Izquierda Socialista, a eso se le añade que en el año 78 se une al PSOE el Partido Socialista Popular de Tierno Galván, [...] fue un decantamiento bastante natural»²⁴.

Por tanto, hacia finales de 1976 se reconocían diversas sensibilidades, aunque predominaba un claro discurso radical que se transmitía, y compartía la militancia. Y este ortodoxo posicionamiento ideológico revelaría su importancia posteriormente, porque restaría flexibilidad táctica a la organización, toda vez que la militancia más bregada, que había interiorizado el mensaje revolucionario y marxista, se mostró más proclive al enfrentamiento y la fractura cuando la dirección del partido comenzó a realizar concesiones políticas e ideológicas en el curso del proceso de transición.

El año 1977, que arrancó con la legalización del partido en febrero, se caracterizó por su intensidad política y organizativa. Las elecciones de junio

²⁴ Testimonio de Antonio Aguado Suárez, Mérida 15/IV/2014.

aparon al PSOE al segundo puesto en número de votos y a ser alternativa de gobierno a la UCD, el partido de Adolfo Suárez, que había ganado las elecciones. Después del verano, los Pactos de la Moncloa generaron un profundo malestar dentro del partido y las medidas tomadas para frenarlo tendrían consecuencias en su vida interna, como veremos más adelante. En el Comité Federal de noviembre de 1977, se aprobó una resolución de gran trascendencia para la organización y la crisis que experimentó el partido en 1979. Del texto²⁵, presentado por José Martínez Cobo, entresacamos los siguientes párrafos:

«El C[omité] F[ederal] del PSOE reunido los días 12 y 13 de Noviembre recuerda a todos los afiliados la obligación de respetar escrupulosamente los estatutos del PSOE.

Considera intolerable que puedan expresarse públicamente, por parte de algunos de sus militantes, críticas a las decisiones o acuerdos de sus congresos soberanos o de sus órganos de dirección. [...].

Llama la atención de la Comisión Ejecutiva, responsable directo de «El Socialista», sobre los repetidos abusos que se producen en nuestro semanario en cuanto al respeto del artículo 8, apartado F.

Pide, por lo tanto, que se prohíban, en cumplimiento con lo estipulado en las resoluciones del Congreso, y salvo el periodo de preparación de un Congreso, cualquier artículo de militantes, *sean cuales sean sus responsabilidades*, que se aparten de las decisiones del Congreso y de los acuerdos adoptados por los órganos de dirección» [Las cursivas son nuestras].

El Comité Federal exigía, tal y como dictaba el artículo 8f) de los Estatutos, que se acatase y defendiese públicamente el programa, las resoluciones del Congreso y los acuerdos de los órganos directivos del partido²⁶. Esta resolución reflejaba una alarma creciente en la organización, que en el caso de *El Socialista* aludía, muy probablemente, a que se venían aireando en sus páginas discrepancias de orden interno que inquietaban a la dirección. Divergencias que, por otro lado, también reflejó la prensa generalista. El probable origen se hallaba en un artículo crítico de Justo de la Cueva, conocido militante, publicado en *Diario 16* y contestado en *El Socialista*, que también difundió una Carta al Director en la que se denunciaba que en el citado semanario nunca se aludía a las «polémica entre las diversas corrientes del PSOE»,

²⁵ Proposición que presenta al Comité Federal José Martínez Cobo, 12 de noviembre de 1977, AFPI, Colección FPI, PSOE 1977.

²⁶ El contenido del artículo 8f) de los Estatutos en GUERRA, A. (Ed.), *XXVII Congreso...*, *op. cit.*, p. 145.

de las que sólo se hacía eco la «prensa capitalista»; u otra que criticaba unas declaraciones de Alfonso Guerra en el mismo semanario, argumentando que la dirección debía reflejar el sentir mayoritario de la militancia²⁷. Este malestar era palpable entre las bases, así Felipe González en un coloquio informal con militantes afirmaba que «en el caso de algún representante de alto nivel del Partido que haga declaraciones que alguno estime que van en contra [de los] estatutos [o] contra la política del Partido o en definitiva que son censurables desde el punto de vista disciplinario, [el partido] tiene su cauce orgánico para operar contra ese compañero, y lo puede hacer naturalmente»²⁸.

Los Estatutos aprobados en el XXVII congreso recogían en su artículo 3a) el respeto a la libertad de conciencia y de expresión entre la militancia, pero prohibían la existencia de tendencias organizadas. A este respecto la posición oficial del partido se había formulado del siguiente modo:

«La democracia interna, para los socialistas, se apoya en el principio del respeto a la mayoría, en las decisiones, y del respeto a las minorías, en los debates. Es decir, que en el Partido Socialista existe *libertad absoluta* en la discusión y *unidad total* en la acción. Al establecer un criterio de comportamiento político cada socialista ejerce la libertad de posición y crítica, y una vez determinada democráticamente la posición de la mayoría, el conjunto de la organización acata la decisión mayoritaria»²⁹.

Recapitulando, el PSOE, antes de iniciarse el proceso de absorción de otras opciones socialistas en el año 1978, cultivaba un discurso político radical y en su seno comenzaban a cristalizar dos sectores en aquel momento apenas diferenciados. Si las discrepancias entre estos sectores no habían sido muy patentes hasta entonces, se debía en gran medida a la coincidencia en sus planteamientos políticos durante la primera época de la transición, cifrados en una prioridad: el fin de la dictadura y la lucha por la democracia en un maremágnum de radicales propuestas políticas. Una vez instaurada la democracia, debía decidirse un rumbo político-ideológico y en esa encrucijada co-

²⁷ Véanse el artículo de Justo de la Cueva en *Diario 16* de 19/IX/1977, Archivo Linz Transición Española; la réplica a la publicación del artículo por parte de la redacción de *El Socialista* y la Carta al Director en ES de 25/IX/1977; la Carta al Director crítica con Alfonso Guerra en ES, 2/X/1977.

²⁸ Transcripción cinta de reunión de Felipe González con militantes, s.l., circa 1977, AFPI, Colección FPI, año 1977.

²⁹ La mención al artículo de los Estatutos en GUERRA, A., *XXVII Congreso...*, op. cit., p. 143 y la posición del partido en GONZÁLEZ, F. y GUERRA, A., *P.S.O.E.*, Ediciones Albia, Bilbao, 1977, p. 32.

menzaron a hacerse palpables las diferencias y a resquebrajarse la unidad, como sucedió con las desavenencias políticas e ideológicas que generó el apoyo a los Pactos de la Moncloa, primera prueba de fuego para la ortodoxia ideológica alimentada desde Suresnes.

Sin embargo, antes de abordar la grave crisis que sacudió al PSOE en 1979 a propósito del debate sobre el marxismo, analizaremos dos circunstancias que, a nuestro modo de ver, influyeron de modo decisivo en la citada crisis y perfilaron su estilo organizativo para los siguientes años. La primera, el ingreso de diferentes contingentes de militantes procedentes de otros partidos socialistas, que enriquecieron la organización, pero agitaron su vida interna, generando rivalidades y confrontando tradiciones políticas. Y la segunda, el desmesurado crecimiento organizativo y militante, que generó graves problemas de todo orden hasta los inicios de la década siguiente.

1.3. *Primeros problemas organizativos: conflictos y expulsiones*

La cultura organizativa y militante del PSOE a inicios de la transición política se encontraba condicionada por la anomalía que entrañaron el exilio y décadas de clandestinidad. En este sentido «en la posguerra se recuperaron principios tradicionales del “pablismo” como la calidad sobre la cantidad y la preeminencia de la veteranía. Era una forma de limitar el coste represivo que conllevaba la participación en actividades ilegales, de asegurar la ortodoxia y evitar desviaciones izquierdistas». Esta vuelta al pablismo implicaba que «los valores morales y políticos que conformaban la mentalidad de veteranos socialistas [...] se resumían en aspectos como la austeridad y las costumbres estrictas; el orgullo, la solidaridad y el instinto de clase (y/u oficio); el obrerismo». Y sobre todo, una manera de hacer política indisociable de su actividad cotidiana y con un importante componente sentimental: «Para este tipo de militante, las organizaciones y la política socialista constituían un elemento central de sus vidas. Integraba en el movimiento socialista a su familia y sus sentimientos giraban en torno al socialismo». Asimismo, y en gran medida debido al propio contexto de la clandestinidad, la mentalidad de la escasa militancia del PSOE se caracterizaba por el gregarismo³⁰.

³⁰ Características de la cultura militante durante la dictadura en MATEOS LÓPEZ, A., *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español (1953-1974)*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1993, pp. 43-44; la percepción sobre la actitud gregaria en MUÑOZ SÁNCHEZ, A., *El amigo...*, *op. cit.*, p. 241.